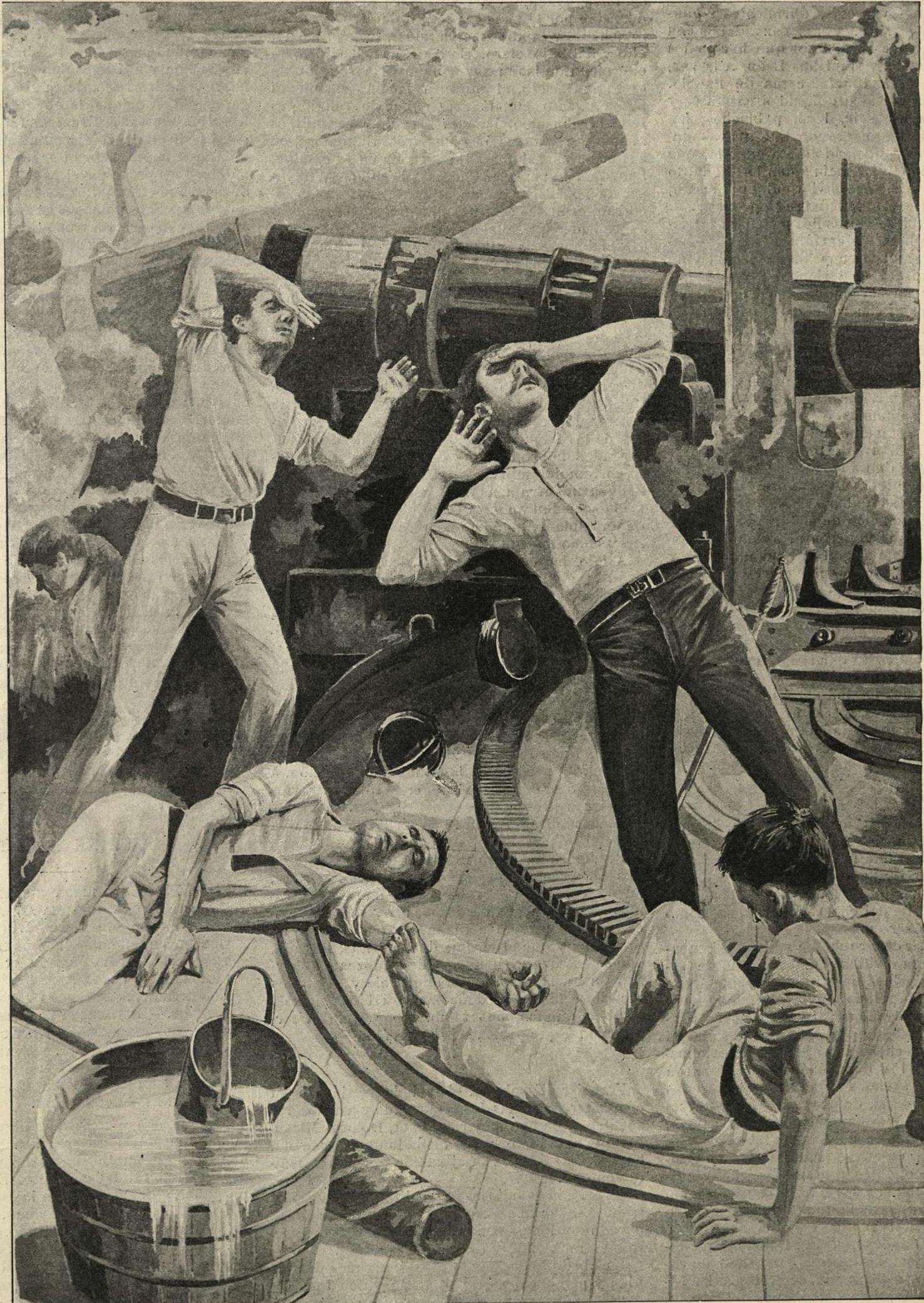


# EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, JUNIO 19 DE 1898.

NUMERO 15.



La guerra Hispano-Americana.—En la batería—Episodio de combate.

## LA SEMANA

SUMARIO.—Las inundaciones.—Por carta de más y por carta de menos.—Banquete y ayuno.—El drama sensacional.—Dos mártires.—¡Que no sea verdad!—El fusilado y La Chumina.—El crimen y la disciplina militar.

Los cielos se han desplomado días pasados sobre las serranías pintorescas que rodean el Valle, con gran lujo de rayos, truenos y granizo; las aguas se precipitan impulsadas y encrespadas sobre Xola, Mixcoac, la Piedad y San Pedro de los Pinos, arrasando sembrados, derribando casas, acarreando viguetas, durmientes y puntales de los ferrocarriles, y amenazándonos con nuevos desastres parecidos á los que hace años asolaron la industrial y riquísima León. A la vez, en las faldas de la Malintzin, cerca de Puebla, una gran tromba vertió sus líquidas cataratas y barrió, ó por mejor decir, lavó, poblachos, haciendas y rancherías, causando tan graves daños materiales y produciendo tanta miseria, que ha sido necesario enviar maíz á una hacienda, lo que á tanto equivale como enviar pulque á Apam, para que no pereciera de hambre la peonada.

Estos lamentables sucesos nos ponen en la triste necesidad de llamar á cuentas á la Madre Naturaleza, de formularla una idterpelación y de acusarla de manirota, destorlongada y mala administradora de nuestros intereses y tal vez también de los suyos. Primero cinco ó seis años de sequía: las cañas tostadas y torcidas por un sol inclemente; las espigas calcinadas; los pozos, presas y aguajes, secos y polvorosos, el ganado macilento, enfermo y moribundo; el hambre imperando en todo el territorio seguida de su siniestro cortejo de epidemias é infecciones. Cinco años de sequía acumulan una deuda de agua considerable y la Madre Naturaleza parece dispuesta á pagarnos de un solo golpe en el presente año el capital y los réditos. Este sistema de privaciones seguidas de hartazgos, parece revelar la malévolá intención de matar por el banquete á los que sobrevivieron al ayuno, es conducta de jugador que despilfarra cuando gana y y empeña lo comprado cuando pierde y justifica el título de madrastra que sabemos aplicar á la madre común. ¿Querían agua? Pues tengan agua; hasta la saciedad, hasta la inundación, hasta la asfixia por inmersión. Y cuando ya estamos hartos y satisfechos ¿No quieren agua? Pues sequía, hasta el apergaminamiento y la momificación; y así la vamos pasando, unas veces sofocados y otras empapados, pasando sin transición del arenal á la laguna, y tan arruinados y hambrientos por el exceso de lluvias como por la total carencia de ellas.

\* \*

Si aplaudimos á dos manos que los dramas sensacionales de hace días resultaran sainetes y que no hubiera tal huérfana torturada ni tal joven ultrajada, con cuanto placer no celebráremos el que el nuevo y espeluznante de las jóvenes Laguna resulte del género chico y no como amenaza, del género grande.

Y no puede ser de otro modo; ya hemos lamentado que en plena civilización, en el seno de sociedades cultas y bien constituidas, frente á una justicia recta y una policía activa y vigilante, se pueda aún martirizar al niño, ultrajar á la doncella, tirar á la huérfana, despojar al pupilo, estafar al menor. Pero los hechos toman proporciones monstruosas cuando los delinquentes pertenecen á esas categorías sociales superiores encargadas de velar por la moral, de predicar la virtud, de combatir el vicio y de anatematizar el crimen. El abogado á quien se confían los intereses y la honra; el médico en cuyas manos se pone la vida; el magistrado, intérprete del derecho y oráculo de la justicia; el sacerdote, apóstol del bien, foco de caridad, consuelo de afligidos y amparo de débiles, tienen tremendas obligaciones y enormes responsabilidades morales. Deber ser modelos de virtud, ejemplos de conducta, sanos de corazón y sanos de espíritu, inaccesibles á las sugestiones del vicio, á las tentaciones del crimen, probos, abnegados, solícitos, esclavos del deber, orientados al bien, varones fuertes y hombres buenos. De ellos han de emanar el ejemplo y el consejo, en sus proceder debe inspirarse la masa del pueblo para morigerarse y ennoblecerse, de ellos han de irradiar como de ardiente y lu-

minoso foco, la caridad, el amor al prójimo, el respeto al derecho ajeno, el culto á la justicia; y cuando delinquen, cuando se olvidan de sí mismos, cuando se dejan seducir y arrastrar al mal, su delito es doble, y doble debe ser su castigo: han delinquido como hombres y como depositarios de la moral social y de la virtud pública y privada.

Sin prejuizar la cuestión y hablando sin atinencia directa al caso de las jóvenes Laguna, tenemos que afirmar que no hay á nuestro juicio delitos más graves que los delitos en que incurre el sacerdote. La fe se mantiene, se propaga é impera no por las disertaciones de los teólogos, no por las disquisiciones de los filósofos, no por la asidua propaganda del misionero y del predicador, sino por la virtud indiscutible, la corrección intachable y la abnegación nunca desmentida del alto y del bajo clero. En las almas sencillas, en el espíritu de las masas populares, la religión no es dogma árido, ni misterio incomprensible, ni razonamiento metafísico; en ellas, la religión es sed de consuelo, es necesidad de esperanza, es anhelo de protección y amparo. El hombre, en sus miserias y dolores, busca guía en su camino, apoyo en su peregrinación, oasis en que descansar de sus fatigas, hombres caritativos que lo socorran, espíritus sensatos que lo aconsejen, corazones leales que lo amen. En los pueblos latinos, especialmente, la religión popular tiene una encarnación y una fórmula viva, animada, palpitante: el sacerdote; á él recurre el creyente en sus aflicciones, en sus sugestiones busca inspiración, bajo su manto protector se acoge en sus desgracias. Cuando el sacerdote delinque, cuando de pastor se convierte en lobo, hiere de muerte la fe popular; el pueblo no acierta, en su ignorancia, á discernir que bajo el sacerdote hay un hombre frágil y falible como los demás y susceptible de error y de extravío y su fe se resiente de las faltas, de las flaquezas, de las debilidades de los encargados de propagarla y de mantenerla. Un clero corrompido mina una religión, y un sacerdote delincuente atenta, á la vez, contra la moral, contra la sociedad y contra la religión, y se hace reo de un triple delito como hombre, como funcionario y como apóstol.

Así lo ha comprendido el clero de todos los pueblos civilizados y cada día la conducta del sacerdote es más recta y su virtud más sólida. Y si el escepticismo no ha hecho mayores progresos y si la religión se mantiene é impera, si aun sostiene heroica lucha contra el espíritu investigador moderno, y si aun resiste á la propaganda antireligiosa que viene en parte de la evolución natural del espíritu y en parte de la propaganda activa de nuevos principios y de nuevas doctrinas, atribúyase á que el clero cada día más virtuoso, á que se ha elevado, cuanto la fragilidad humana lo permite, á la altura de su misión, á que ya no se entrega á los lamentables extravíos que vieran otros pueblos otros y tiempos. En el amenazante naufragio de la fé, la virtud es una tabla de salvación.

Por honra del clero nacional, por prestigio de una corporación que, si no predica la verdad, puede consagrarse al bien, deseamos y esperamos que se disipen las sospechas y se desvanescan los cargos que actualmente pesan sobre un sacerdote y que el drama de las Sritas, Laguna, que se entreve tremendo se desvanezca en charla y humo. Pero si hay un culpable y si este es sacerdote, la justicia debe hacer su deber, no sólo por bien público, sino también por el de la corporación á que pertenece el acusado.

\* \*

Francisco Escobedo, el soldado asesino de su compañero de armas Jesús Quevedo y heridor por accidente, de una mujer en cinta, Dolores Miranda, que debió haber sido fusilado en la semana, ha visto suspendida su ejecución por haber pedido amparo.

Su crimen es odioso, premeditado, alevoso y traidor según la sentencia, y militarmente considerado no tiene atenuantes por haber sido cometido en formación y frente á la bandera.

Escobedo tiene, por lo menos, algunos días de vida y puede consagrarlos al amor de su perrita *La Chumina*, único sér que le queda que amar.

Cuando un criminal se encuentra como Escobedo, entre la vida y la muerte, se entabla una lucha interior, en cada hombre, entre la razón y el sentimiento. Este encuentra repugnante la pena de muerte, odioso el sacrificio, que juzga estéril, de una vida más; se subleva á la idea de que el

hombre *usurpe* derechos de la Naturaleza y sacrifique á un ser en plena vida, en perfecta salud, en completo vigor. Tal parece que el hombre debe morir tan sólo fulminado por la apoplejía, asfixiado por la congestión, envenenado por la secreción del microbio, consumido por la tisis, y que á la cabecera de un moribundo no debe haber nadie á quien hacer responsable de su muerte. Cuando la voluntad y la deliberación se encargan de sacrificar á un hombre, se siente una repugnancia irremediable, un desconsuelo invencible, una tristeza profunda; la vida es tan valiosa que se pretende que la muerte haya de venir tan sólo de lo alto, de lo obscuro y de lo desconocido.

Pero en casos como el de Escobedo, la razón debe imponerse y hacer aceptar la siniestra ejecución que le aguarda. También el soldado tiene alta misión y altísimos deberes; la disciplina es imprescindible regla de su vida, el respeto á la gerarquía su dogma, la obediencia su regla; tolar infracciones, disculpar faltas, atenuar delitos es disolver el ejército, es sembrar la anarquía, es comprometer el orden y la tranquilidad públicas, es provocar el pánico en la sociedad. Si dormimos tranquilos, si paseamos descuidados, si nos entregamos á nuestras ocupaciones y placeres con perfecta tranquilidad de espíritu, es porque hay una fuerza pública que vela por nuestras vidas y nuestra hacienda; el arma que la nación ha puesto en manos del soldado ha de servir para hacer respetar y no para violar el derecho; para intimidar criminales y no para cometer delitos, para inspirar confianza y no para sembrar la alarma; y el soldado que viola estos preceptos, que durante una ceremonia militar en presencia de sus jefes y ante su bandera, hiere ó mata á su compañero de armas, debe ser ruda, severa, inexorablemente castigado. Rosas Landa, Calá-piz, tantos otros llenos de porvenir, sucumbieron así, arteramente, á traición, asesinados por sus mismos soldados y es fuerza que estos casos no se repitan, que el soldado respete las vidas que está llamado á conservar y que no esgrima sus armas sino contra los trastornadores del orden y contra los enemigos de la Patria.

Ignoramos si prosperará ó no el amparo interpuesto por los defensores del reo y si acaorará ó no por expiar en el patíbulo el crimen que cometió; si la justicia encuentra coyuntura legal para salvar su vida, que la salve en buena hora; que es peor castigar al inocente ó extremar el rigor fuera de la ley, que dejar impune al criminal. Pero si, como es de preverse, fuese confirmado el fallo inexorable que lo condenó, no queda á Escobedo ni á nadie más que inclinarse la cabeza ante la augusta magestad de la Justicia.

López I.

### Política General.

RESUMEN.—LA GUERRA HISPANO-AMERICANA.—ESTADO ACTUAL.—CALMA AL PRESENTE Y ACTIVIDAD EN LO PORVENIR.—LAS EXPEDICIONES Á CUBA Y FILIPINAS.—NUNCIOS DE GRANDES ACONTECIMIENTOS.—LA OPINIÓN EN EUROPA.—OTROS RUMORES.—LA INTERVENCIÓN DE ALEMANIA.—LOS INTERESES EUROPEOS Y LOS INTERESES AMERICANOS.—LA FUERZA Y EL DERECHO.—LOS FUERTES Y LOS DÉBILES.—NO HAY CONCIERTO.—NUEVA POLÍTICA AMERICANA.—LA ANEXIÓN DE HAWAI.—LOS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS AMERICANOS.—EXPANSIONES COLONIALES.—NECESIDADES Y AMBICIONES.—CONCLUSIÓN.

Aunque se han registrado algunos episodios en la marcha de la guerra hispano-americana, no han tenido bastante importancia para cambiar el aspecto general del conflicto. El desembarco de un puñado de marinos de la escuadra de Sampson en la bahía de Guantánamo, y los rudos y tenaces combates que han tenido que librar contra las guerrillas españolas, para sostener sus posiciones, no significan nada en el desenvolvimiento del gran drama. Cervera continúa con su escuadra en el puerto de Santiago de Cuba; las flotas unidas de Sampson y de Schley siguen frente á la entrada de la bahía, dispuestas á impedir la salida de los españoles, y á proteger el próximo desembarco de la expedición americana. Entre tanto, la Habana ha aumentado notablemente sus fortificaciones, ha reforzado de una manera efi-



CONTRA-ALMIRANTE CAMARA,  
Comandante de la flota española de reserva.



GENERAL AUGUSTI,  
Capitán general de las Filipinas.



DON RAMÓN DE AUÑÓN,  
Ministro de Marina del Gabinete español.

caz sus baterías, y se prepara tranquilamente á resistir, hasta el último extremo, el ataque de las fuerzas enemigas. Puerto Rico, lo mismo que la Habana, animada por la palabra henchida de patriotismo del Capitán General y por las palabras de adhesión lanzadas en brillante proclama por el Gobierno autonómico de la isla, está más que nunca adicto á la causa española. La escuadra española de reserva al mando del Almirante Cámara, queda todavía en aguas de Cádiz, según las últimas noticias; tal vez dispuesta á defender las costas de la Península, conforme lo indicaron algunos periódicos caracterizados en la prensa madrileña.

Mientras la numerosa y fuerte expedición que ha salido de Cayo Hueso al mando del General Shafter, escoltada por numerosos buques de guerra, no llegue á las aguas cubanas, no se podrá sin embargo, decir que entra la campaña en un periodo de actividad. Cuando ese desembarco se afectúe y las huestes americanas se dirijan sobre Santiago de Cuba, solas ó auxiliadas por los insurrectos, que al mando de Calixto García y de Rabí se han congregado en derredor de plaza, entonces podrá decirse que la guerra entra en su periodo formal, casi suspendido desde que el Comodoro Dewey destruyó la escuadra española de Filipinas frente á las fortificaciones de Cavite.

Y mientras la primera expedición americana en auxilio de Dewey no llegue á su destino, habrá en aquellas remotas regiones una relativa calma, solo interrumpida por los movimientos de Aguinaldo y sus fuerzas rebeldes que se adelantan asoladoras, indomables, casi sin reconocer freno ni ley, frente á los muros de Manila.

\* \*

Pero si las operaciones de la guerra siguen su curso regular conforme á las necesidades de la campaña y según los planes discutidos y aprobados en las juntas superiores de guerra y de marina, instaladas en Washington; si los movimientos ofensivos contra las costas antillanas, en donde se concentran los elementos principales con que cuenta la causa española, y á donde se dirige de preferencia los movimientos del ejército y la marina americana, van progresando lentamente en su desarrollo regular; los celos y zozobras en los gabinetes europeos, se hacen cada vez más manifiestos, y se habla nuevamente de intervenciones amistosas unas veces y de reclamaciones hostiles en otras.

Después de las declaraciones de Lord Salisbury que tanto alarmaron al gobierno español, y estremecieron al pueblo de la Península por sus alusiones embozadas á las naciones debilitadas y moribundas, presa fatal de las grandes potencias; después del discurso de Mr. Chamberlain, abogando con toda franqueza por la alianza anglo-americana que haga salir á la vieja Inglaterra de su espléndido aislamiento, después de los rumores persistentes sobre negociaciones de paz iniciadas por el gabinete de Madrid de modo secreto, ó nacidas espontáneamente en alguna oculta cancillería, toda la semana ha corrido persistente la noticia, con más ó menos fundamento, de una actitud hostil y manifiestamente antiamericana por parte del gobierno de Alemania.

\* \*

Provocada por la cruzada que ha emprendido la prensa del Imperio en favor de España, en-

gendrada por los que se sienten heridos en sus intereses desde que estalló la guerra; nacida en el cerebro del Emperador, siempre dispuesto á nuevas aventuras y ufano con sus recientes triunfos en la bahía de Kiao-Chao, la idea ha corrido por toda la prensa, ha tomado diferentes formas, se ha presentado bajo diversas fases, siempre llegando á esta conclusión: el imperio de los Césares germánicos se ha de oponer á que los Estados Unidos tomen posesión de las Islas Filipinas. Se habla de buques de guerra enviados á Manila, y se indica al príncipe Enrique de Prusia, con su escuadra triunfadora, como al encargado de hacer una manifestación naval en las aguas filipinas, después de haber ido á plantar con gloria meramente diplomática el pabellón imperial en territorio chino.

Nada tendría de extraño semejante intervención, si Alemania pudiera contar en su empresa con el apoyo de las demás potencias. Pero muy claro se ha visto hasta ahora, desde que se inició el conflicto hispano-americano, que ninguna quiere obrar por cuenta propia.

\* \*

Convencidas están de que á pesar de todos los pactos internacionales, á pesar de todas las leyes que se han dado en conferencias y congresos de la paz, por encima de todos los platonismos y de todos los arranques poéticos de los publicistas teóricos, se oye la voz solemne de Bismarck, hablando por la boca de los cañones que fulminaron en Sadowa y en Sedán, proclamando el apotegma de las relaciones modernas entre las gentes y naciones: *la force prime le droit*.

Y mientras ese terrible lema brille con caracteres de fuego en las banderas de los poderosos de la tierra, mientras exista el predominio del que tiene la fuerza y la riqueza, y se cuente en cada pueblo el número de soldados, de barcos, de fusiles y cañones de que cada uno dispone; mientras en la balanza de la justicia internacional pese más la fuerza que el derecho: cautos andarán los gobiernos antes de lanzarse á aventuras internacionales, que puedan provocar la temida conflagración universal.

No hace mucho que el único objetivo de soberanos y gabinetes era el equilibrio, un equilibrio trabajoso é inestable: hoy todos los conatos,



GENERAL ELWEL OTIS  
Comandante de las tropas americanas enviadas á Filipinas.

todos los anhelos se dirijen á mantener la paz. Con culpable frialdad y muda indiferencia, vieron que los ejércitos turcos arrollaban á Grecia infeliz; con muda indiferencia también han visto hasta ahora desarrollarse la tragedia hispano-americana.

Por eso es que, si antes no creíamos en negociaciones de paz prematuras, por que las considerábamos contrarias á los propósitos del gobierno español y á las tendencias del pueblo, tampoco juzgamos probable la intervención aislada de Alemania, aunque se hable por lo bajo de aceptación por parte de España.

\* \*

Rompiendo con la tradición republicana, apartándose de las enseñanzas admirables que dejara á su pueblo Jorge Washington, padre de la patria y creador de las libertades americanas, la Cámara de representantes acaba de aprobar, después de reñido debate, un decreto en que se admite la anexión de las islas Hawai á la república de Jeferson y Lincoln. No es difícil que después de aprobado ese decreto en la Cámara baja, pase con toda rapidez, se discuta con festinación en la Cámara federal, y contando como cuenta con el apoyo directo del Poder Ejecutivo, se inicie en la Unión americana una nueva política que abre nuevos campos de actividad, nuevos horizontes de conquista, nuevos elementos de expansión al pueblo y al gobierno de los Estados Unidos.

Las primeras adquisiciones de principios del siglo que hicieron los trece Estados primitivos, que proclamaron su independencia de la dominación inglesa el 4 de Julio de 1776, explicábanse perfectamente por ingentes necesidades, viéndose incrustadas entre sus territorios colonias extranjeras pertenecientes é diversas potencias. La adquisición de las islas Hawai en la actualidad no se explica por las mismas exigencias; indica un nuevo rumbo, señala una nueva etapa en la historia del pueblo americano.

\* \*

Después de un siglo de acumular elementos de trabajo, de atesorar increíbles energías, de multiplicar de una manera asombrosa sus fuerzas productoras, siéntese ya vigoroso y fuerte, trátase de inscribir en el catálogo de las grandes potencias, y al hacerlo, inicia una política semejante á la que han seguido esos pueblos que se engrandecen por la conquista y se deslumbran con la manía del kilómetro cuadrado. Más de un año hace que la iniciativa de anexión se presentó al Congreso americano; se ha necesitado una incubación de doce meses para que el proyecto se convierta en ley, y el patrimonio de la desventurada reina Liloukalani pase á formar parte de la Unión americana. Nada ha importado el veto que quiso imponer el Japón, á las indicaciones del presidente Dole y á las tendencias del gabinete de Washington. No parece sino que el humo de la batalla de Cavite ha provocado una especie de desvanecimiento, que el rumor de la victoria lo ha conmovido, y el brillo de su fácil triunfo lo ha deslumbrado, y una vez iniciado en ese camino, para continuar su marcha triunfal, se apresura á adquirir una base de operaciones, colocada casi á igual distancia de las costas de California y del archipiélago que para España descubrió Magallanes y conquistó Legaspi.

Si antes podía dudarse de los planes ulteriores de los Estados Unidos respecto á Filipinas, la reciente actitud del Congreso americano aclara todas las sombras y puede verse cuál será su marcha en lo futuro. Lanzada en ese camino la república americana, tendrá que imitar á las potencias coloniales, que seguir las huellas de sus pasos, que mantener formidables escuadras para vigilar sus nuevos territorios.

Fruto de la natural evolución de los pueblos, ó de las circunstancias últimamente desarrolladas, ¡cuánto se aleja esta nueva actitud, sin embargo, de la que crearon con amor y alentaron con su espíritu, los padres de la independencia americana!

X. X. X.

16 de Junio de 1898.

## La Italia contemporánea

### Impresiones y recuerdos

Después de los horrores del Monte Cenís, la inmensa llanura lombarda. En tiempos remotos, los bárbaros se sintieron atraídos por su irresistible seducción. Creo que era entonces lo que es hoy: siempre cultivada, siempre fértil, irrigada con admirable habilidad. Qué frescura emana de esos canales que cubren el campo en el tejido de su malla azul! Atraviesan los prados, cortan los caminos, se aproximan y separan luego, caen sobre un ancho foso que arrastra á lo lejos el agua fecundante, utilizada hasta su última gota. Los prados dan cuatro ó cinco cortes de heno, los arrozales se cargan de espigas, los campos de maíz semejan cañaverales, en esta tierra de maravillosa fecundidad. Y sin embargo, la población que la habita es pobre....

Este problema desconcertador se levanta en todas las regiones de Italia; pasais de una á otra ciudad, y sin deteneros, ni interrogar á nadie, podeis observar el contraste entre el suelo pródigo y el campesino miserable que lo cultiva, comido por la *pelagra* como en Lombardía ó buscando el escape de la emigración, como en Calabria. A la orilla del camino no encontrareis esas aldeas sonrientes que hay en Suiza y Francia. A lo lejos, aparecen sobre la cumbre de una colina, con sus tejas rojizas resplandecientes. Mientras va corriendo el tren sentís deseos de visitar esos pueblecillos; enas entrevistas, recorrer sus misteriosas callejuelas, penetrar al casillo que domina la cañada. Yo los he visitado, prefiriendo los más ignorados, los más medioevales. Qué tristes son vistos de cerca, qué miserables! La impresión pintoresca, soberana un instante, se desvanece ante la compasión que inspira la miseria de los hombres.

Porque ese mundo de hambrientos es un mundo de trabajadores incansables. No conozco idea más falsa que esa preocupación según la cual los italianos son un pueblo de "lazaroni," vestidos de harapos multicolores, acostados al sol, mendigando su pan al extranjero que pasa. Mirad esos campesinos que saltan

las acequias de los arrozales, á lo largo del camino; esos otros que barbechan la tierra para sembrar trigo; los de más allá, que en grupos de veinte, hombres y mujeres, cuelgan de los portales de la granja las espigas rojas del maíz y el "gran turco" para hacer la "polenta." Se distraen de su trabajo? Semejan campesinos de opereta? Los he visto en los grandes dominios, al pié de las montañas; los he encontrado después en la campiña romana, cerca de Nápoles, en Reggio de Calabria; en Sicilia, un francés, administrador de los viñedos del Duque d'Aumale, me aseguraba que son más laboriosos, más constantes, más pacientes que los campesinos franceses; alguien me afirmó que los de la Romaña son los mejores labradores del mundo. Siempre que he viajado por Italia encontré el mismo testimonio que se eleva en favor de esa raza fuerte y desgraciada.

No ha habido hasta hoy novelista ó poeta que pinte con amor los sufrimientos y el temple de alma de esos humildes; las aldeas casi desiertas en los meses de invierno y primavera, la vida, con sus dramas ignorados, de las bandas acampadas en el "Agro Romano," bajo el mando del "Caporale," y lo que se dice por las noches en la cabaña de los pastores nómades. Sin este silencio de la poesía y del arte, indiferentes al campesino italiano, ocuparía éste un lugar entre el *moujik* de nuestros sueños y el *tacheron* de las tierras de Francia.

Y la cuestión es imperiosa: de qué procede esta miseria? Para resolverla habia que ver cada provincia, estudiar las causas locales,—régimen de cultivo, división de la propiedad, clima, salubridad, higiene,—diferencias profundas de razas y temperamentos,—todas esas causas múltiples y complicadas cuya acción permite, por ejemplo, al campesino de Toscana y Emilia, crear y educar una familia vinculada al suelo natal, y que hace tan precaria la condición de las clases rurales en otras regiones. Pero la gran razón de este malestar intenso y general se encuentra en el exceso de los impuestos que pesan sobre la población de los campos.

\*\*

—¿No es esto lamentable? me decía un agricultor del norte de Italia —¿Qué prosperidad, qué espíritu de empresa, qué progresos pueden esperarse de un país en donde el suelo paga un impuesto correspondiente al 33 p% del producto líquido? Y no hablo de las casas por las cuales, y gracias á los avalúos caprichosos del fisco,—pagamos hasta un 50 ó un 60 p% del producto real

El conde Iacini ha podido escribir con toda verdad que el Estado, las provincias y las municipalidades no cobran impuestos sobre la tierra sino que la despojan.

Agregad á esto la usura, muy generalizada aún—á pesar de los bancos populares;—la insuficiencia y la mala calidad de los alimentos que engendran en el norte la espantosa enfermedad llamada «*pelagra*»; el deplorable estado de una infinidad de habitaciones rurales que los propietarios no reparan por falta de recursos ó de humanidad, y sin insistir más sobre las causas comprenderéis por lo dicho por qué el socialismo ha reclutado en sus primeros adeptos en las clases agrícolas, de ordinario pasivas y conservadoras.

El campesino no fué partidario de la derroca

de los regímenes anteriores; la propaganda republicana de los mazzinianos no lo halló entusiasta. Era y es indiferente á sus derechos políticos; pero desde hace veinte años escucha con mayor atención cada día las predicaciones de las doctrinas socialistas, que le hablan en este lenguaje apropiado á su educación rudimentaria: "Tú no tienes nada y ellos lo tienen todo; ocupa su lugar." En Lombardía, en el Véneto, en Emilia hay grupos rurales fuertemente imbuidos de socialismo, el cual se extiende, y en uno ú otro lugar lo manifiestan anualmente los desórdenes de que tenemos noticia: Y no son los periódicos, poco leídos por esas multitudes ignorantes, ni son tampoco los discursos de los jefes, como los diputados Costa y Maffei, los factores principales de la propaganda: los verdaderos, los más activos agentes del socialismo rural son los maestros de primeras letras.

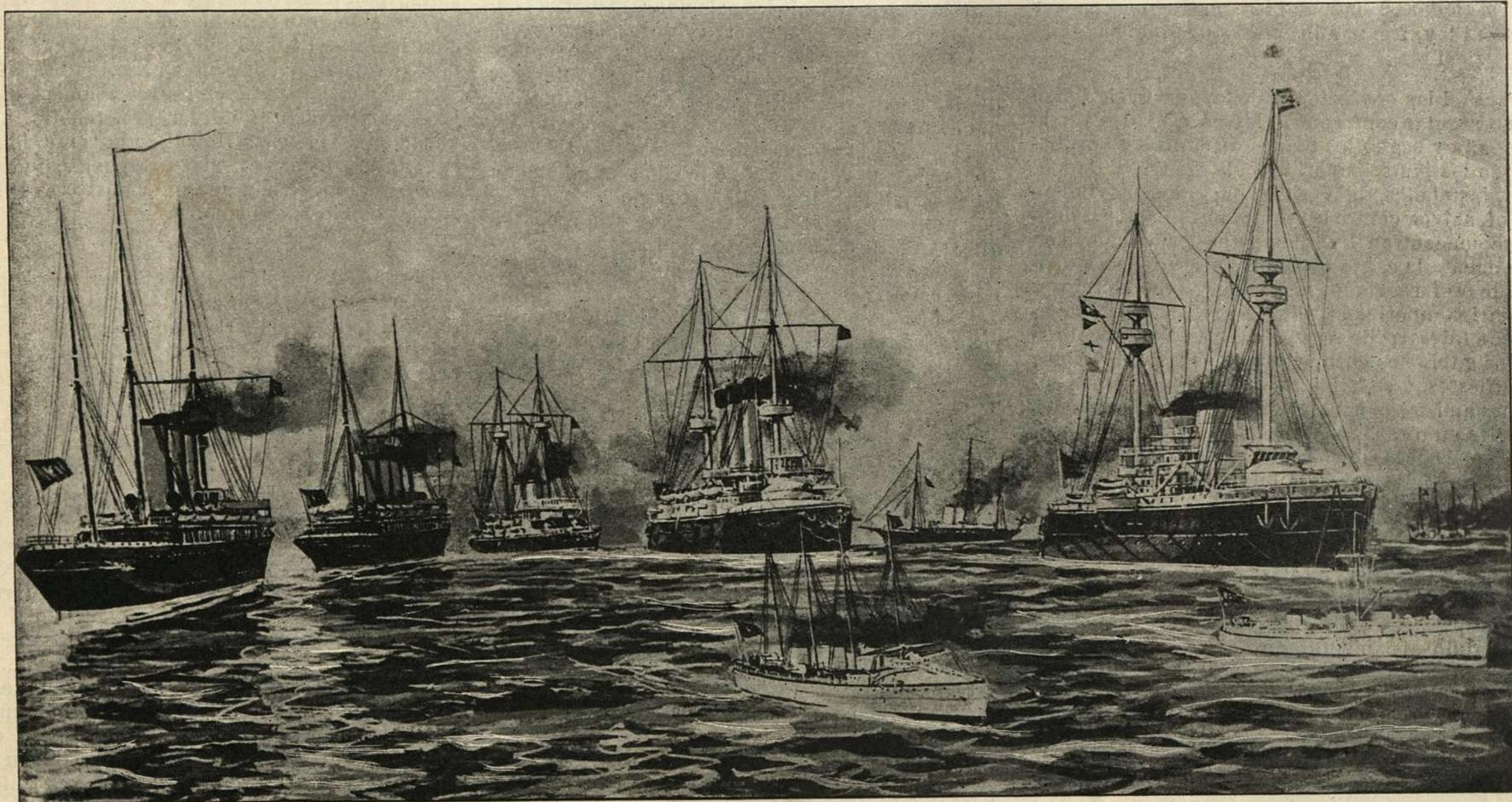
A pesar de la porción enorme que sustraen del producto del suelo, ni el Estado, ni las provincias, ni las municipalidades tienen elementos de riqueza. No es necesario ser economista para observar y comprender esto. Un subsecretario de Estado del Ministerio de Instrucción pública declaró recientemente, ante el cuerpo electoral de Gallarete, que trescientas cuarenta y ocho municipalidades en treinta y un provincias pagan irregularmente á sus maestros de escuelas, y que mil cuarenta y cinco de éstos no percibían con regularidad su haber. Este es un dato oficial. Y la vida cotidiana presenta otros muchos por el estilo que no son menos significativos. Recuerdo que hace dos años un empleado de los telégrafos italianos me pagó un giro en oro; le hice presentes mis testimonios de reconocimiento, á los que él contestó sonriéndose. Esta vez he sido menos afortunado y no vi más monedas de oro que las que yo tenía. La moneda de plata de cinco liras no se encuentra en ninguna parte, la de una y dos liras no abunda, y á veces en los lugares pequeños no se puede cambiar un billete sino por moneda divisionaria. Así es como me vi cargado de sueldos por valor de diez francos. Eso es pesado!

Podría multiplicar los ejemplos; pero de qué serviría? Los italianos confiesan de buena gana su pobreza. Incesantemente tienen á la vista la comparación entre Francia rica é Italia que no lo es; y aún esa comparación entra por mucho en el sentimiento de celo,—más que enemistad—que anima contra nosotros á algunos de nuestros vecinos. Siéntense detenidos ó estorbados en sus empresas, en sus grandes trabajos de interés general, por la falta de capitales suficientes, y esta herida del amor propio se aviva por la conciencia que tienen de su propio mérito.

Impresiona en Italia la suma considerable de trabajo é inteligencia que vé uno á cada paso, el número de proyectos que se suceden y el valor moral de los hombres de aquel país. Ciertamente, una Italia que organiza ejércitos y se agota para sostenerlos está muy lejos de ser un factor insignificante; pero una Italia que se recogiera y ahorrara sería temible. Todo está allí dispuesto para un desarrollo inmenso. Sólo le falta dinero. Si supiera!

\*\*

Regresaba ya á Francia. Había tomado el camino de la Cornisa y me hallaba entre Génova y Ventimilla, cerca de la frontera. Habíamos tomado un tren ómnibus que se detenía en cada estación, y fastidiado de aquel trayecto interminable, deseoso de encontrarme en tierra francesa, miraba distraído los setos



«PATRIA»

«RÁPIDO»

«ALFONSO XIII»

«EMPERADOR CARLOS V»

«GIRALDA»

«PELAYO»

«PROSERPINA»

«OSADO»

LA FLOTA DE RESERVA DEL CONTRA-ALMIRANTE CAMARA

exquisitos y las montañas tan bellas é interesantes desde San Remo. Entraban y salían del wagón viajeros de todas clases sin que hubiese cambiado con ellos una sola palabra, cuando de pronto, al llegar el tren á una estación, instalóse frente á mi asiento un anciano de largos cabellos enmarañados y vestido con una levita que casi le llegaba á la pantorrilla. No había empezado á andar el tren sin que aquel viajero comunicativo, iniciase conversación, preguntándome mi nacionalidad.

—Inglés?  
—No.  
—Eslavo?  
—No, francés.  
—Ah!—dijo alzando las manos—los franceses eran muy populares aquí en Piamonte cuando yo era joven. Soy médico.

—Ah!  
—Presenció la entrada de las tropas francesas á Milán, unidas á las nuestras. No podéis imaginaros aquel entusiasmo, Vuestros soldados cambiaban kepí con los soldados italianos. Y las señoras—grandes señoronas cuyos nombres podría mencionar, los abrazaban y los besaban. Las flores caían en lluvia desde las ventanas. Y luego las banderas, y los arcos triunfales, y los gritos repetidos mil veces: "Viva Francia!" "Viva Italia!" Qué hermoso era aquello! Yo atendí á algunos franceses heridos.

Al azar le pregunté:  
—¿Conocéis al General F.....?  
—¿Al Capitán F.....?  
—No, después ha llegado á General.  
—Si lo conozco! Yo tenía la comisión de llevar un convoy de heridos á Brescia y al llegar bajé en persona al capitán, lo coloqué en su camilla. El me dijo: "Me lleváis como si fuera un niño; ya no sufro." Creímos que sería preciso llevar á los heridos al hospital, pero todos los ricos de la ciudad se disputaban el honor de atenderlos en sus casas. ¿Veréis al General?

—Ciertamente.  
—Creo que no me habrá olvidado. Decidle que encontrasteis al viejo Doctor S que vive obscuramente en Pieve de Tico, pero que recuerda los días de Palestro, Magenta y Solferino. Oh! señor aquellos tiempos en que italianos y franceses se comprendían y se amaban, no volverán.

—Yo le dije:  
—*Chi lo sa.*  
El me miró sorprendido con una emoción que le hacía abrir y cerrar los párpados y cuando el tren se detuvo y él iba á bajar en la penúltima estación italiana, me estrechó las manos:

—Tal vez tenéis razón, señor, *chi lo sa?*

RENÉ BAZIN

## LOS MOTOCICLOS

Es verdaderamente extraordinario el resultado que se ha obtenido últimamente en las experiencias hechas con un automóvil que corrió entre Chartres y Estampes, Francia.

En 1 hora, 57 minutos, 49 segundos, recorrió 100 kilómetros, lo que equivale á una velocidad de 51 kilómetros por hora.

Jamás se había alcanzado tal velocidad ni en camino ni en pista de velódromo. No sólo, sino que muchos ferrocarriles caminan con menor rapidez.

La prueba ha sido sorprendente. Quién habría dicho hace cinco años que un coche llegaría á andar más de doce leguas por hora.

Puedellegarse á una velocidad de 60 kilómetros por hora, igual á la de los expresos de 1880.

No hubo accidente ni contratiempo en la primera experiencia. Con todo, para caminar en uno de esos coches es preciso hacer antes el testamento. Un camino carretero no es como una vía férrea; el error más pequeño en la conducción del vehículo puede ser fatal y aún más peligroso en realidad que un descarrilamiento.

Tanta velocidad emborracha. Comienza uno por andar á razón de 25 kilómetros, sigue con 30, luego con 40 y acaba por romperse la cabeza y despedazar la del prójimo.

Ya en París los motociclos y los automóviles han aplastado á más de un transeunte descuidado.

Decía un cronista parisiense que en el Bosque de Boulogne, imponen su ley los automóviles y que ya no hay quien se atreva á pasearse. Las bicicletas han capitulado, retirándose prudentemente del teatro de las operaciones: el cincuenta por ciento de las que circulaban por las avenidas del Botque hace dos años, han desaparecido.

A los que preguntan: ¿Por qué ya no sale usted á dar su paseo matinal? se les contesta: Las avenidas han sido tomadas por asalto; los automóviles no dejan á nadie andar tranquilamente, como antes.

Con razón dice un festivo escritor francés al definir los automóviles: Coches hechos de petróleo, ruido y audacia.

¡Qué lástima que no haya más que la palabra coquetería para expresar el deseo de ser agradable!

GASTON DESCHAMPS.

\*\*

Las grandes enfermedades del alma la vigorizan, las convalecencias del espíritu no son menos interesantes que las del cuerpo.

G. D' ANNUNZIS.



UNA PALOMA MENSAJERA ENVIADA Á CAYO HUESO CON UN MENSAJE DEL BUQUE DESPACHO "ANITA."

## Cuentos de los siglos futuros

LAS GUERRAS Y LOS EJERCITOS

Parece cosa averiguada que durante muchos siglos antes del advenimiento de la civilización, los hombres consagraban su inteligencia rudimentaria á buscar medios eficaces de destruirse los unos á los otros. Daban á esas operaciones criminales el nombre de "guerras" y por mucho tiempo la guerra tuvo un carácter glorioso y respetable.

El asesinato era reprimido severamente en su manifestación individual; pero cuando tomaba el nombre de guerra y se aplicaba sistemáticamente á la supresión de millares de existencias humanas, constituía una de las más nobles profesiones y los que en ella se distinguían llamábanse héroes. Esta es una contradicción sobre la cual no tendremos acaso una explicación suficiente, y por lo mismo debemos colocarla entre los problemas irresolubles.

Pero á falta de explicación tenemos hechos y de éstos el más cierto y general es que los recursos humanos de aquel tiempo se empleaban de preferencia en empresas guerreras. Destinábansele sumas enormes, se fabricaba una infinidad de aparatos destructores llamados armas y constantemente construían y reparaban los gobiernos unos edificios extraños, conocidos con el nombre de fortificaciones; por último, se obligaba por fuerza á todos los trabajadores de esas tribus á que representasen durante algunos años la comedia de matarse entre sí, á fin de que llegado el momento lo hiciesen de veras.

La organización del mundo no era lo que existe en nuestros días. La tribu se llamaba "nación," ó "pueblo" ó "país." El amor de la tribu implicaba un odio á las tribus vecinas, y á esto se llamaba patriotismo. Algunas de ellas llevaban el nombre de "repúblicas," otras el de "monarquías," pero bajo esas denominaciones distintas, las instituciones eran idénticas y se fundaban en los mismos errores.

No había ninguna idea de la federación del globo, cosa tan natural sin embargo, no se comprendía que una tribu pudiese ser feliz fuera del infortunio de las extrañas, y consecuentes con su creencia, los niños eran educados en sentimientos de odio y de horror contra todo lo existente más allá de las fronteras. Y era tanto más curioso esto cuanto que las fronteras variaban frecuentemente y por efecto de las mismas guerras; así pues para ser patriota, era obligatorio hablar y obrar al día siguiente de una manera contraria á la de la vispera.

\*\*

En cuanto á los motivos ó pretextos de las guerras, la cuestión es de muy difícil solución.

Invocabáanse en apariencias razones de interés común ó de honor nacional, según una expresión favorecida de aquellos tiempos remotos. Pero la verdad es que algunas veces los jefes que veían amenazada su autoridad, declaraban la guerra, otras, los comerciantes hacían lo posible por desencadenarla temiendo los efectos de la competencia, y con la esperanza de obtener buenos lucros después de los combates. Lo curioso sobre todo es que los jefes de las naciones no iban á la guerra sino muy raras veces, los comerciantes nunca. La masa de los combatientes llamados en conjunto ejército é individualmente soldados, jamás se daban cuenta de los motivos por los cuales se

les enviaba al degolladero. Por esto un escritor de aquella época define así á los soldados: «matan y se dejan matar por intereses que ignoran.»

Además de las divisiones ocasionadas por intereses materiales, los hombres se odiaban por instinto de raza. Esta palabra nada significa ya, sino en lo que se refiere á los animales domésticos; pero en aquellos tiempos tenía una gran importancia y bastaba no pertenecer á la misma raza para odiarse de muerte.

Como se necesitaban ochenta días por lo menos para dar la vuelta al mundo, los pobres habitantes del planeta vivían adheridos al suelo como la ostra en la roca, y no veían nada, ni sabían otra cosa que lo que los jefes, no menos ignorantes, creían de su interés enseñarles.

Los matrimonios se hacían entre miembros de la misma tribu, salvo muy raras excepciones; y como estaban siempre sometidos á las mismas influencias climáticas, las razas formadas así se conservaban secularmente, para degenerar al fin haciendo el paso á otras razas nuevas.

Había otra circunstancia que favorecía la institución de las guerras y la conservación de los ejércitos. La religión no era asunto individual, de fuero interno; por el contrario era con frecuencia determinante de aquellas espantosas contenciones. Esto dependía de que casi todos los habitantes de una misma tribu practicaban con pocas diferencias una sola religión; era, pues, muy fácil persuadir á las incultas multitudes de que la guerra contra los practicantes de otra religión no podía menos de recomendarse como una acción concienzuda y meritoria.

\*\*

A pesar de todo esto llegó un momento en que las guerras se hicieron más y más raras, gracias á la perfección de los instrumentos de matanza. Sin embargo, en los periodos de paz la organización de los ejércitos era para las naciones objeto de atención preferente. Sobre todo en la provincia de Europa se produjo este hecho de una manera sorprendente. Está demostrado que transcurrió medio siglo sin que estallara ninguna guerra de importancia; pero mientras menos batalla había mas preparativos guerreros hacían las naciones; gastaban cuanto oro había á mano para la construcción de grandes buques, torpes para la navegación y armados de cañones

formidables.

Como todas las tribus obraron de igual modo, las situaciones relativas eran sensiblemente iguales. Cada nación pretendía ser más poderosa que su vecino, para aniquilarla á la mejor oportunidad; pero jamás llegaba esto y entre tanto la ruina avanzaba con rapidéz. Por fin los gobernantes menos necios reconocieron un día que habían vuelto al punto de partida, es decir, á una situación de equilibrio aproximativo, sin contar con la ruina y el hambre como perspectiva para los pueblos. Espíritus mejor dotados habrían visto esto muchos años antes; pero qué esperar de aquellos trogloditas!

\*\*

Justamente en aquel tiempo Europa estaba llena de zozobras por lo que dió en llamarse «la cuestión de Oriente» Esa famosa cuestión consistía en lo siguiente: «Hay en el país del sol una tribu en plena descomposición, todos quisieran acabar con ella para apoderarse de los despojos; pero el día de la repartición habría una guerra espantosa como de perros que se disputan un hueso. Si cada uno de los ambiciosos estuviera seguro de la victoria, se podría precipitar el acontecimiento, pero había tantas probabilidades de éxito como de fracaso. En tales condiciones la prudencia es ley, y debe resolverse la cuestión de Oriente prolongando la existencia del enfermo por medios artificiales. No teniendo seguridad de un buen resultado sólo cabe impedir á los demás que se declaren la guerra.»

Esta prudencia á medias, aunque inspirada en sentimientos mezquinos, produjo buenos resultados y otros pésimos. El jefe de la tribu oriental hallábase enfermo; en la creencia de que se atentaba contra su vida, decretaba para salvarse la muerte del mayor número posible de habitantes de su imperio; además de esto, era un codicioso que atesoraba oro y plata en grandes cantidades. Aprovechando la libertad relativa en que lo dejaban los otros pueblos hizo asesinar á millares de personas, algunas de ellas pertenecientes á una raza pequeña, que ocupaba un territorio insignificante y que disponía de un ejército despreciable. No obstante, no quiso tolerar los asesinatos del llamado Sultán y en parte por esto, en parte por móviles interesados, creyendo que su misma debilidad le protegería y que al fin y al cabo le tocaría algo de los despojos de la gran tribu agonizante, declaró á ésta la guerra.

Sufrió un fracaso: Las grandes "potencias," (la expresión era entonces muy usada) se interpusieron impidiendo que los acontecimientos llegaran á sus últimas consecuencias. La solución era provisional, imperfecta, pero no obstante trajo consigo un principio benéfico, el del arbitraje. Por defectuosa que haya sido su aplicación, debemos ver en ella una de las manifestaciones del paso de la humanidad de su estado de salvajismo al de civilización.

Algunos siglos antes sólo la fuerza habría sido invocada para resolver el problema; pero ya se veía entonces que la fuerza no produce resultados sólidos y durables, y como niño que dan sus primeros pasos, trabajosa y torpemente, ensayaron los pueblos la aplicación de otro principio.

Era efectivamente el primer paso que llevaba á la supresión de los ejércitos y al fin del estado de discordias que originan las guerras.

NATALIS.



Matadero. Ciudad Navío Soberano. Punta Blanca. Punta de Sal. Punta de Racey. Cayo Ratonés. Punta de Limeta. Ensenada del Nispero. Faro del Vigía. Fuerte del Morro. El Morrillo. Puerto. Casa de Beneficencia. Buena Vista. Pa. de los Soldados. Batería de la Estrella. Punta Gorda. Cayo Smith. Fuerte Sta. Catalina. Punta de los Cañones La Socapa.

#### BAHIA DE SANTIAGO DE CUBA

### Nuestros grabados

#### La flota española de reserva.

No creemos extemporáneo ni ocioso dar á conocer á nuestros lectores los elementos de combate con que cuenta el Contra-Almirante Cámara para desarrollar los planes estratégicos que le haya dictado el Gobierno de Madrid.

Su flota se compone de los siguientes buques: El *Pelayo*, acorazado de 105 metros de longitud, 9,50 toneladas de desplazamiento, de una potencia de 8,500 caballos y una velocidad de 16 nudos. La potencia defensiva está asegurada por una coraza de 450 milímetros de espesor que se extiende de delante atrás, por 4 torres defendidas por 400 milímetros de acero, por una batería entre las dos torres y protegida por

150 milímetros de coraza y por un puente acorazado de 90 milímetros.

Su artillería consta de 2 cañones de 230 milímetros y 2 de 280 repartidos en las cuatro torres, de las cuales una está atrás otra delante y los dos restantes á los lados, en medio del buque; de 11 piezas de 140 milímetros y de tiro rápido; de 20 piezas ligeras y de 4 tubos torpederos.

El *Pelayo* es el acorazado más poderoso de la flota española.

El *Emperador Carlos V*, crucero acorazado, de 120 metros, 9 236 toneladas, potencia de 18,500 caballos, 21 nudos de velocidad y un radio de acción de 12 000 millas. Lo defienden: un puente acorazado de 1.0 milímetros de espesor; dos torres centrales con un resguardo de 2 0 milímetros de acero y las placas de la batería de 50 milímetros, también de acero.

Tiene 2 cañones de 280 milímetros en sus dos to-

res, 10 cañones de 140 milímetros y de tiro rápido, 4 cañones de 100 milímetros y tiro rápido, 2 piezas de 75 milímetros y 12 ligeras ó ametralladoras; cuenta más con 6 tubos lanza-torpedos.

El *Alfonso XIII*, crucero de 98 metros, 4 600 toneladas, 12,000 caballos y una velocidad de 20 nudos. Está protegido por un puente de 112 milímetros y artillado con 4 cañones de 200 milímetros protegidos con máscaras, 6 cañones de 120 milímetros, 2 de 70 milímetros, 13 piezas ligeras y 5 tubos torpederos.

Los caza-torpederos *Osado* y *Proserpina*, del tipo *Furor*; tienen aproximadamente 400 toneladas, 3 500 caballos de fuerza, 30 nudos de velocidad, 2 cañones de 80 milímetros, 2 de 57, 2 ametralladoras y 2 tubos de lanzamiento cada uno de ellos.

Están igualmente al mando del Contra-Almirante Cámara el aviso *Giralda*, que era yate inglés; el *Rápido* y el *Patriota* cruceros auxiliares, que completan la flota cuyo poder hemos reseñado.

#### Servicio de correo de palomas mensajeras.

Sabido es que la Compañía General Transatlántica francesa organizó un servicio de correo aéreo entre los buques en marcha y los fuertes, por medio de palomas viajeras. Las experiencias que se han hecho en este sentido son interesantes y satisfactorias. De hoy más los pasajeros podrán enviar durante una travesía trasatlántica noticias que serán telegrafiadas á su destino en la estación á donde llegue la paloma mensajera. Pero hay otra aplicación todavía más útil del instinto y de la educación especial de las palomas viajeras: en caso de accidente ó de avería grave del buque, á cualquier distancia de la costa que esto ocurra, podrá comunicarse la noticia y demandar auxilio. Si está el buque demasiado lejos del puerto á donde se envía la paloma, buscará ésta refugio en algún otro buque, que recogerá la carta. El 26 de Marzo á las siete de la mañana un velero inglés el *Bothnia*, completamente perdido recibió en alta mar auxilio del *Bretaña* salvándose á bordo de éste los naufragos. I. mediatamente se envió la noticia con 7 palomas viajeras, una de las cuales llegó algunas horas después al golfo de Gascuña, cayendo á bordo del *Chatterton* en donde se recogió la carta haciéndola llegar á su destino. Al día siguiente toda Europa y América tenían conocimiento del retardo del *Bretaña* y del salvamento de la tripulación del *Bothnia*.

Estas y otras experiencias han tenido su resultado inmediato. Los americanos se adueñaron en la idea y han dotado sus cruceros de palomas mensajeras, como lo indica nuestro grabado, en el que se ve la paloma viajera en el acto de ser lanzada del buque-despacho «Anita» con rumbo á Cayo Hueso.

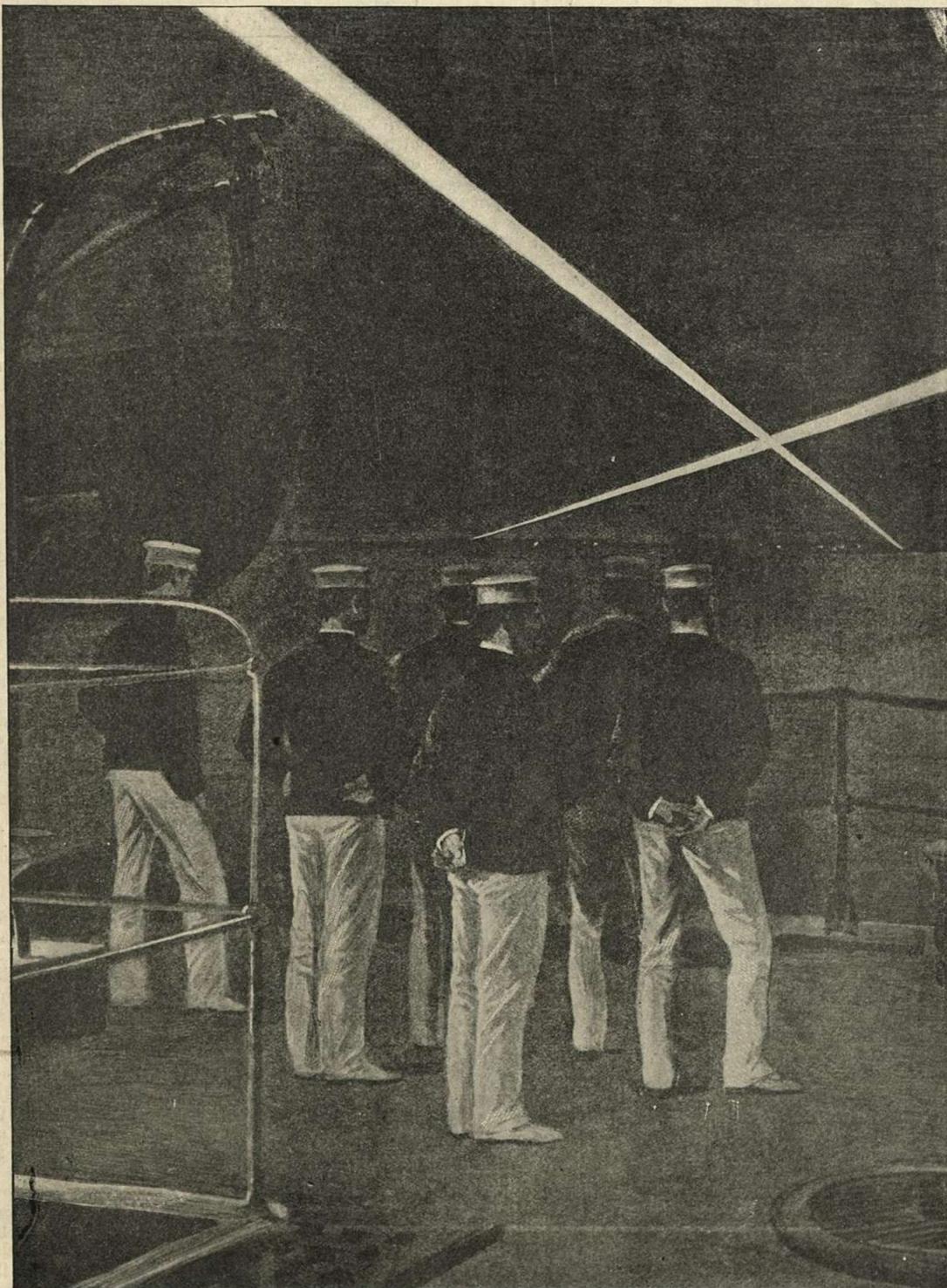
#### Interior de la bahía de Santiago.

Los acontecimientos que van á desarrollarse en el interior de la Bahía de Santiago, prestarán amplio margen para los comentarios de todo orden, y el grabado que hoy damos por su minuciosidad de pormenores será un auxilio indispensable que consultarán con interés nuestros lectores, cuando las conversaciones del hogar se deslicen á los asuntos de la guerra.

Hasta hoy, no se ha señalado más que un hecho de importancia frente á Santiago; la empresa del Teniente Hobson llama la atención no sólo por el valor de los marinos que la llevaron á buen término, sino porque el hundimiento del «Merrimac» imponía á la campaña un nuevo sesgo que pondrá á prueba las aptitudes militares, la astucia y la serenidad de Cervera al tratar de resolver el difícilísimo problema de la salvación de su flota.

En cuanto al bombardeo de los fuertes, varias veces intentado por las fuerzas americanas, ha dado ocasión, como otros bombardeos de la actual campaña, á observaciones más ó menos picantes y despectivas para el Almirante Sampson.

No es éste el caso de discutir la conducta del jefe americano, criticada tan ásperamente por los malquerientes del Gobierno de la Casa Blanca, pero no podemos eximirnos de reproducir algunas líneas, escritas por M. Malo, defensor en algunas ocasiones de la política española y de los planes estratégicos del Gabinete de Madrid. Dice éste escritor de guerra:



EL BLOQUEO DE CUBA.  
Oficiales norteamericanos, observando la proyección eléctrica de la Habana.

"Hace mucho tiempo que Napoleón pretendía que los bombardeos no deben tenerse en cuenta en una campaña, y más recientemente el General Borguís Desbordes dijo que "esa operación de cuarto ó quinto orden, simple manifestación militar, ocupa un lugar injustificable en concepto del público." Ya es tiempo de que se comprenda que aún en las condiciones más propicias, los bombardeos de mar y tierra no producen otro resultado que el efecto moral que se espera de ellos con anterioridad. En cuanto á sus consecuencias materiales, ordinariamente no guardan relación con el esfuerzo que demandan y con el peligro que corre el agresor, el cual se verá casi siempre obligado á abandonar su empresa si el efecto de intimación que esperaba no se manifiesta."

"Tal vez las reflexiones que ha hecho en este orden de ideas el Comandante de la escuadra que bloquea á Manila, sea el motivo por el que ha escapado esa ciudad, á lo menos temporalmente, á la suerte más ó menos triste que le estaba reservada. Esta suposición es más bien un elogio para el espíritu americano tan práctico y tan sentimental. No creemos, pues, que Dewey haya obrado á impulsos de móviles "humanitarios."

Lo anterior indica suficientemente hasta qué punto deben tomarse en consideración, como decisivos de la campaña, los bombardeos de los fuertes de Santiago de Cuba.

#### La flota bloqueadora frente á la Habana.

Uno de los aspectos más interesantes de un bloqueo es el movimiento nocturno de vigilancia de los buques, tanto para su propia defensa contra los torpederos enemigos como para impedir el cruzamiento de la línea bloqueadora.

A su vez los defensores de la costa, exploran la mar con sus poderosas proyecciones de luz, atisbando la llegada de los buques enemigos. En los puestos de torpedos la expectación es incesante, meticulosa, delicada: de ella depende que en un momento propicio no penetre la flota enemiga á la bahía "forzando el paso." Pero no es fácil que esto suceda en un puerto defendido con todos los elementos modernos,—torpedos "vigilantes" y de fondo en los canales, poderosísima artillería en los fuertes con obuses de melinita y "de ruptura". . . . . Empresas como la del célebre almirante Farragut para forzar con éxito "un paso" de puerto, ya no son factibles sino en lugares mal defendidos como Manila; pero en una bahía bien acondicionada para la defensa, la intencionalidad de arribo sería una empresa loca, un suicidio culpable que no acometería ningún marino medianamente entendido.

El gran cuidado de los bloqueadores es la vigilancia defensiva. Provistos de un número suficiente de proyectores eléctricos, exploran los vigías del puerto, las sombras nocturnas, empleando mil precauciones.

Y lanzan su proyector desde un lugar, lo apagan, encienden otro, y mientras el anterior ocupa lugar dis-

tinto para que al encenderse de nuevo no caigan sobre él los fuegos enemigos

Tarea ingrata, que requiere tanta paciencia como habilidad técnica! Nada ha fatigado tanto á los marineros de la flota americana,—ni el clima, ni las maniobras, ni las correrías por el mar,—como esa insomne lucha contra el ataque que se agazapa en las sombras, que atisba y que amenaza de muerte.

#### En la batería.

Un cañón ha sido desmontado por los obuses del enemigo. En la batería reina por algunos momentos la confusión de las agonías trágicas. Varios hombres quedan hechos pedazos junto al cañón desmontado, y el choque terrible, al repercutir, echa por tierra á los artilleros del cañón próximo.

Pero todo esto dura un instante nada más; la batería, con un cañón menos, sigue funcionando como movida por un mecanismo. Sólo las manchas de sangre de las víctimas y los fragmentos esparcidos de los cañones inútiles dan testimonio de la escena trágica. Los que sobreviven vuelven á sus puestos, obedientes á la voz de la consigna, serenos, concentrado el pensamiento en su tenaz tarea de destrucción.

¡Singular presencia de ánimo la de estos hombres que por matar á los demás todo lo olvidan, hasta la conservación de la propia existencia.

#### Escena de aldea

Como pintores de interior, los alemanes son inimitables. ¡Con qué ternura, con qué amorosa delicadeza tratan esos asuntos sencillos, triviales si se quiere, pero iluminados por una luz suavísima de sentimientos y de verdad!

Los pueblos del norte embellecen, poetizan y dignifican la vida del hogar, y la aman intensamente. Por eso han sido los maestros por excelencia en todas las manifestaciones artísticas que nacen del hogar y á ennoblecerlo y alegrarlo se encaminan.

Nuestros lectores verán con gusto en su colección la hermosa «escena de aldea» que hoy les ofrecemos.

#### LOS MOLINOS DE VIENTO Y LA ELECTRICIDAD.

Desde los primeros tiempos en que se usaron máquinas para producir corrientes eléctricas hasta nuestros días, los ingenieros y los inventores han tratado por diversos medios de utilizar los molinos de viento para mover dichas máquinas, mas las constantes variaciones de la fuerza de ese elemento habían sido hasta hace poco un obstáculo insuperable, toda vez que impedía ocurrir á ese medio para producir una

corriente de fuerza constante como la que se necesita para el alumbrado, los motores y otros aparatos. Hoy, sin embargo, existen ya acumuladores tan bien contruidos y tan seguros que permiten utilizar la fuerza de dichos molinos en muchos casos, pues se puede almacenar en ellos gran cantidad de energía eléctrica y utilizar gran parte de ella largo tiempo después de haberlos cargado. El único inconveniente que los acumuladores presentan es que su costo es demasiado elevado en comparación con el trabajo que puede hacerse con la corriente que de ellos se toma.

El primer molino de viento destinado á mover máquinas eléctricas se construyó el año 1887 y, aunque era del antiguo sistema inglés, con velas y sin regulador sirvió para demostrar que con él se podía mover un dinamo y cargar con éste varios acumuladores en las horas de buen viento para usar la corriente en las horas de calma. Los nuevos molinos compuestos de una rueda y provistos de regulador son mucho más seguros y uniformes en su movimiento, de suerte que no se necesitan con ellos tantos acumuladores.

#### EL AGUA COMO BEBIDA.

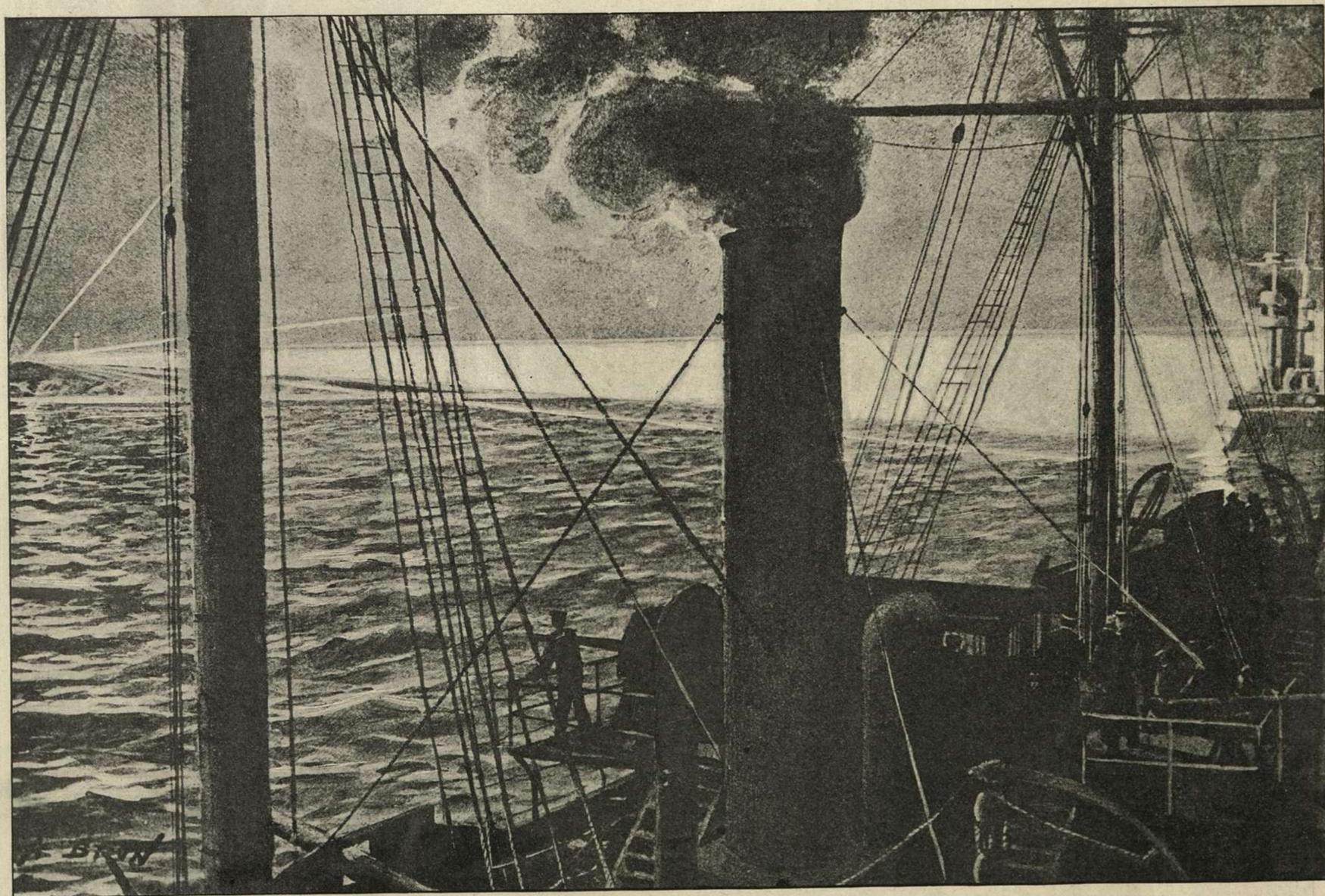
Uno de los principales componentes del cuerpo humano es el agua, y por lo mismo se comprende fácilmente cuan importante es que ese líquido no falte en el alimento si se quiere disfrutar de buena salud.

Muchos creen que el beber más agua de la absolutamente necesaria para apagar la sed es nocivo y fundándose en esa creencia, se pasan tal vez días enteros sin probarla.

Lejos de ser b'en fundada esa teoría, la experiencia demuestra que es absolutamente falsa y el ponerla en práctica, muy peligrosa. El agua, tomada en abundancia, si es pura ó no contiene materias extrañas que hagan daño, es no solamente muy útil para conservar la salud, sino que, en muchos casos, sirve también para recobrarla.

Todos los tejidos del cuerpo necesitan agua y por lo mismo esta es indispensable para el desempeño de todas las funciones vitales. El aseo de los tejidos del cuerpo es tan necesario para su salud y bienestar como el aseo de la piel, y el agua contribuye á la obtención del primero tanto como á la del segundo, pues disuelve el material supérfluo que, de otro modo se acumularía en el cuerpo, y lo expele de diversos modos. Dicho material es, á veces, de naturaleza muy nociva y, si no se disuelve y expele, produce dolor de cabeza, reumatismo, insomnio y malestar general, que podría curarse fácilmente aumentando la cantidad de agua que se toma á la hora de la comida.

Hay quien dice que el agua tiende á producir obesidad y las personas robustas se abstienen de ella por esa causa, por más que no hay razón para eso, como no sea que facilita la digestión y contribuye á conservar la salud del cuerpo.



Cañonero «Newport»

Crucero «New York»

LA FLOTA AMERICANA ANTE LA HABANA.—EL PROYECTOR DEL MORRO EXPLORANDO EL HORIZONTE.



Karl Gussow — Una escena en la aldea.



## LA TRANSFUSION DEL ALMA

CUENTO PERSA

Hubo en el Indostán un rey tan justo, que su reino era una especie de paraíso; y entre sus virtudes destacaba principalmente la hospitalidad, de forma que había hecho construir junto al suyo un palacio para alojar gratuitamente á los viajeros. Cuando se presentaban personas de distinción como sabios y artistas, se les llevaba á la presencia del rey, que los admitía en su intimidad y se informaba así de lo que pasaba en todos los países extranjeros.

Un día llegó un huésped cuya barba, del color de la nieve, anunciaba el invierno de una vida bien empleada y en la frente del cual viajero podía leerse la historia de los siglos. Este viejo venerable había viajado por todo el mundo y estaba al corriente de todas las conquistas del espíritu humano. Vivamente interesado el rey por los relatos de este sabio, lo retuvo muchos días; y cierta ocasión en que hablaban de cuestiones filosóficas, se fijaron de un modo particular en las cosas del otro mundo y sobre todo en lo relativo á vida y muerte.

El rey emitió ciertas dudas sobre la inmortalidad y la inmortalidad del alma y el viejo no pudo menos que sonreír, lo cual notado por la augusta persona, fué motivo para que el sabio recibiera orden terminante de expresarse con toda claridad.

—Sire, vuestras dudas me hacen sonreír; pero como os observo ansioso de conocer la verdad, quiero afirmar vuestra fé por medio de pruebas indiscutibles puestas por Dios á mi disposición. Desde la juventud, el amor al estudio me despertó la sed de la verdad y el deseo de descubrir si ella existía realmente en el mundo. He pasado mi vida viajando de país en país, relacionándome con los sabios y llevando una existencia aventurera. En una isla conocí á un Maestro que creía en el alma y tenía en las manos pruebas de su inmortalidad; admitido á su servicio me porté con él como un hijo cariñoso, hasta que exhaló en mis brazos el último suspiro. Antes de morir me reveló el secreto de la transfusión del alma y por eso puedo demostraros que cualquier alma, por ejemplo la mía, puede dejar su envoltura material sin correr el riesgo de fundirse en la Nada, y entrar en seguida en el cuerpo que sea de su agrado.

Diciendo estas palabras el filósofo se apoderó de una mosca que revoloteaba por allí; la mató sin despedazarla y la arrojó á los pies del rey, á quien recomendó fijara su atención en lo que iba á suceder. Hizo en seguida un esfuerzo sobre sí mismo y arrancó el alma de su cuerpo, que cayó inanimado sobre la alfombra; y desembarazado así de su cuerpo, se introdujo en el de la mosca que empezó á voltigear frente al rey. Luego dejó el cuerpo de la mosca, volvió al suyo y la mosca cayó inanimada otra vez, entanto que el viejo revivía preguntando al rey si estaba satisfecho de la experiencia.

Varias veces se repitió la misma prueba hasta que no quedó lugar á dudas, y entonces el monarca pidió al sabio que lo iniciara en el conocimiento de su misterio, ofreciéndole en cambio la mitad de su reino y de sus riquezas.

—El hombre que sube valerosamente por la escala de la verdad al mundo inmaterial y de la dicha eterna y que conoce á fondo el misterio del alma, no se vuelve sino para arrojar una mirada de desdén á todo lo que deja en pos de sí. Yo he resuelto Sire, enseñaros mis secretos sin aspirar á la menor recompensa, aunque nadie podría recompensar suficiente-

mente el valor de la revelación que voy á dejaros como un recuerdo de mi paso por vuestro reino.

Después de una explicación y de un corto ejercicio, el discípulo quedó tan hábil como el maestro, que se despidió del monarca sin que nadie supiera que éste tenía tan importante secreto á excepción de la joven reina su favorita y el primer ministro que gozaba de todas sus confianzas.

Un día de caza el rey se encontraba muy lejos de su comitiva con la única compañía de su primer Ministro y mató un hermoso antilope que pasaba al alcance de sus flechas. Entonces el Ministro dijo al rey: —Sire! He aquí un antilope cuya alma ha volado. En este lugar estamos solos y me haría Vuestra Majestad Egregia señaladísimo favor si quisiera hacer delante de mí la experiencia que tantas veces me ha explicado y que quiero ver á lo menos una vez en mi vida.

El rey, no sospechando que bajo la piel de su primer Ministro se ocultaba el alma de uno de los traidores más peligrosos, accedió sin temores al deseo expresado; pero acababa apenas de entrar al cuerpo del antilope, cuando el Ministro, sacando precipitadamente su propia alma de su cuerpo, tomó posesión del que el rey su amo acababa de dejar; y entonces el rey convertido en antilope, vió con rabia á su siervo transformado en rey, pero pronto, por el temor de ser exterminado por el traidor, huyó con toda la velocidad de sus nuevas piernas hacia los llanos más distantes y las montañas más inaccesibles.

El traidor llegó pronto al lugar en que estaba la comitiva real, y los cortesanos al observar su aspecto desolado, sospecharon que había acaecido alguna desgracia. En efecto, el falso rey refirió con aire consternado que acababa de ver á su primer Ministro caer muerto del caballo sin que sospechase la causa de su muerte. Todos se dirigieron al sitio indicado y hallaron el cuerpo inerte de aquel á quien se suponía víctima de un accidente; se recojió luego el caballo que vagaba suelto por las cercanías y se condujo el cadáver al palacio.

Entretanto el traidor recorría la selva en todos sentidos, sin poder encontrar ni la más leve huella del antilope que perdió de vista al realizar su transformación. Fatigado y obligado interiormente, resolvió abandonar la persecución y regresó á la ciudad donde concedió ricos dones para las exequias del difunto que fué, decía, su más leal servidor, á quien había querido como hermano y que perdió de tan trágica manera; no olvidó sobre todo venir en auxilio de los herederos á los cuales con razón consideraba como hijos propios. Luego hizo cuanto fué de su capricho, no se privó de nada y bendecía el instante en que se le ocurrió la odiosa estratagema, felicitándose de su alta perfidia y de su innoble traición.

Sin embargo, desde el primer día resintió con pena que existía un lunar en su ventura usurpada, porque al anochecer, cuando pasó á los aposentos de la reina, ésta se mostró fría y reservada con él y no le hizo la acogida que esperaba. Era que la enamorada joven notó algo extraño en las maneras rudas del supuesto rey y no tardó en concebir justas sospechas en su contra y le repulsaba instintivamente, alegando cada día para alejarlo de ella, motivos de salud ó excusas que pudieran ser admitidas.

Y la reina seguía siempre enferma, el rey siempre antilope y el traidor siempre rey.

Sin embargo, el rey antilope no tardó, á pesar de su aspecto sospechoso y de sus brincoes extravagantes, en hacerse admitir á la sociedad de sus congéneres y después de un corto estudio, se acostumbró fácilmente á su vida. Pasaba el tiempo entre estos nuevos compañeros, haciendo deliciosas excursiones apesar de que su corazón se fundía en sangre y esta sangre corría sin tregua bajo la forma de lágrimas, á lo largo de sus mejillas.

Un día, casualmente, vió caer á sus pies un papagayo de un verde tan fresco como el del césped, donde el pobre pájaro acababa de estirarse para exhalar el último suspiro. Rápidamente el rey dejó su piel de antilope para introducirse bajo el plumaje del papagayo y volar por los aires. Pronto se unió con otros de su especie; y como pasaba á los ojos de todos sus semejantes como el más inteligente, fué proclamado su jefe y director de todos sus actos.

Sucedió que cierto día un vendedor de pájaros tendió redes que no fueron vistas por los papagayos y todos ellos, inclusive su jefe y director quedaron prisioneros, pero éste no perdió su sangre fría y viendo á todos sus súbditos hundidos en la más profunda desolación, reanimó su valor con este pequeño discurso. «Hémos aquí amigos míos, caídos en el lazo de un cazador que no tardará en venir: una muerte cierta, ó lo que es peor una cautividad perpétua nos aguarda, pero hay un medio de salvarnos: muramos, es decir, hagámonos de los muertos. pues solo así lograremos la salvación. Sólo por el camino de la muerte podremos recobrar la libertad perdida, es decir, la vida verdadera. Yo acecharé únicamente la llegada del verdugo, daré la voz de alarma y vosotros os dejaréis todos caer en un estado de muerte aparente y el perseguidor, engañado por nuestra estratagema, os dejará dueños de nuestras acciones, arrojando vuestros cuerpos á la tierra como una mercancía sin valor; pero ante todo, es necesario tener sangre fría. . . ¡valor y al peligro!

Los papagayos adoptaron el consejo y al oír la señal convenida quedaron en tal inmovilidad que parecían muertos.

El cazador llegó á su red, la entreabrió lleno de esperanzas y no encontró más que un pájaro vivo; el reypapagayo.

—¡Pobres pájaros! gritó admirado. Sin duda habrán muerto de miedo. . . . y los arrojó á todos sobre la yerba.

Los papagayos volaron en el acto lanzando gritos de burla, en tanto que el cazador sorprendido escuchaba á su único cautivo que le decía:

—No hay que desanimaros! permaneced con el corazón lleno de alegría, con el espíritu sin cuidado y el pecho sin opresión ni desasosiego, porque lo que perdéis con los que se fueron, lo ganaréis centuplicado con el que quedó.

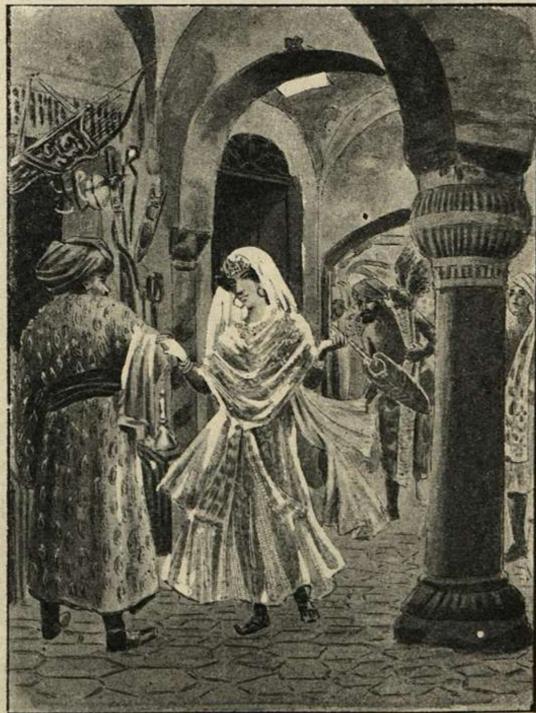
No sabía que pensar el hombre tan original aventura, pero plegó su red, se la echó á la espalda y tomó con su pájaro sabio y dócil el camino de la ciudad.

Una multitud enorme rodeaba en el Bazar á una joven de costumbres ligeras, cuyos ojos languidecientes, orlados de espesas pestañas negras hacían morir con una sola de sus miradas á los enamorados infelices, sus largos cabellos de ébano caprichosamente arreglados, arrojaban el desorden en todos los corazones, y sus maneras encantadoras trastornaban el juicio de las personas más discretas.

Esta mujer acababa de acercarse á un joven elegante, hijo de uno de los más ricos comerciantes de la ciudad, y le decía á gritos:

—Anoche soñé que desde por la tarde estuvisteis en mi casa y que os concedí todos los favores que es posible conceder. Soñé así mismo que luego os separasteis de mí lado poco antes de que despertara yo de mi sueño. Os reclamo en consecuencia mil *denarios*, pues bella como soy, está fuera de toda discusión que merezca esa suma. Sed hoy prudente y generoso; págume de buena voluntad ó de lo contrario os obligaré á pagarme por la fuerza.

Y luego defendía tan bien su causa y formaba tal escándalo que el joven estaba perplejo ante sus reclamaciones inesperadas. La multitud crecía más y



más y cada cual cambiaba sus observaciones y sus reflexiones. El cazador por su parte oyendo á su pájaro decirle al oído: «Vamos, avancemos, pongamos fin á su proceso, estoy pronto á ser juez y dirimir la contienda,» comunicó á las dos partes lo que le acababa de decir su papagayo, que añadió en voz alta:

—Plaza, plaza! Dadme camino si os parece. Voy á hacer una justicia ta' que la aprobará todo el mundo siempre que los interesados presten juramento de acoger con resignación absoluta el fallo que voy á dar con entera buena fe y conocimiento de causa.

No habiéndose presentado objeción alguna; y prestado por los contendientes el juramento respectivo, el papagayo se volvió hacia el joven y apostrofándolo con vehemencia le ordenó que abriera la bolsa y contara en el acto los *denarios* sin faltar uno solo, lo cual hizo á pesar suyo á causa del juramento dado; y mientras se contaban las monedas el papagayo declaró que para que la justicia fuera completa, se necesitaba un espejo.

Casualmente la joven llevaba uno consigo y se apresuró á ofrecerlo al juez que le dijo:

—Pues bien, hermosa, se os va á presentar frente á este espejo la suma que reclamais y todo lo que veáis dentro del cristal es vuestro y da entera satisfacción á vuestra querella, porque no habeis recibido á ese joven sino en el mundo de las imágenes, y en consecuencia vuestra paga debe ser también por medio de imágenes.

La multitud fué presa de un entusiasmo indescribible; aplaudía con furor á juez tan sabio y equitativo. Todo el mundo quería comprar el pájaro y el número de compradores fué tan considerable que ya ni podían moverse en el Bazar. Si se ofrecía un precio, siempre había otro aficionado que ofreciera mayor cantidad.

Pronto corrió la noticia por toda la ciudad y llegó hasta el harem del rey y á oídos de la joven reina que bajo el velo de su fingida enfermedad, ocultaba una tristeza y una desolación de las más profundas y pasaba los días y las noches agobiada por el dolor, en los puntos más solitarios de su jardín, llorando la pérdida irremediable de su pobre marido el rey.

Con la esperanza de agradar á la reina y distraerla si era posible, se mandó comprar el pájaro singular dando por él un precio fabuloso, y ella lo encontró verdaderamente encantador porque la divertía con sus salidas espirituales y sus conversaciones ingeniosas. La princesa hizo que lo pusieran en una jaula de oro maciso incrustada de pedrerías preciosas y lo instaló en su propia cámara que sola ya á la media noche era el sitio donde más libremente lloraba antes de que el sueño la rindiera.

Cuando el pájaro se vió á solas con su ama y en seguridad, la llamó por su nombre, se dió á conocer y le refirió su historia; la partida de caza; la entrada en el cuerpo del antilope, la transmigración al papagayo, sus ingeniosas decisiones de juez y por último la dicha que sintió viéndola fiel á su recuerdo.

La joven reina no podía creer en tan grande felicidad; toda la noche pasó besando el pico y las patas de su papagayo, y lágrimas de alegría brotaban abundantes de sus ojos. Se apresuró á consultar con él los medios de volverlo á su ser primitivo en el cual le gustaba más que ahora, y este le dió desde luego las instrucciones necesarias.

Al día siguiente, al amanecer, la reina que parecía haber recobrado toda su belleza y salud se levantó antes que los demás y el serrallo se declaró de fiesta con la noticia del restablecimiento tan deseado y tan

inesperado de aquella que tenía en sí el depósito universal de la gracia y el talento.

El falso rey recompensó prodigamente á los que le llevaron la noticia y se apresuró á ir á ver á la reina tan pronto como esta lo mandó llamar.

La reina lo hizo sentarse á su lado y le prodigó todas las muestras de una acogida llena de benevolencia.

—En buena hora! gritó él transportado de alegría.

¿Qué he hecho para merecer tantos favores y ser admitido tan amorosamente en vuestra grata sociedad?

—Nada, amigo mío: solamente que restablecida ya quería invitaros á venir á visitarme esta noche, solamente que—añadió con coquetería—os pido de antemano un pequeño favor que estoy segura de que no me será negado.

El contrato fué pronto concluido y ambos se separaron con el corazón lleno de dicha, satisfechos el uno del otro y diciéndose con ternura:

—Adiós! Hasta la noche!

A la hora de recogerse, cuando la reina quedó sola en la cámara con el rey y el papagayo, se vió vivamente intrigada para que dijera á su real consorte cuál era el favor que de él esperaba y de que le habló por la mañana, afirmando de nuevo que sería complacida.

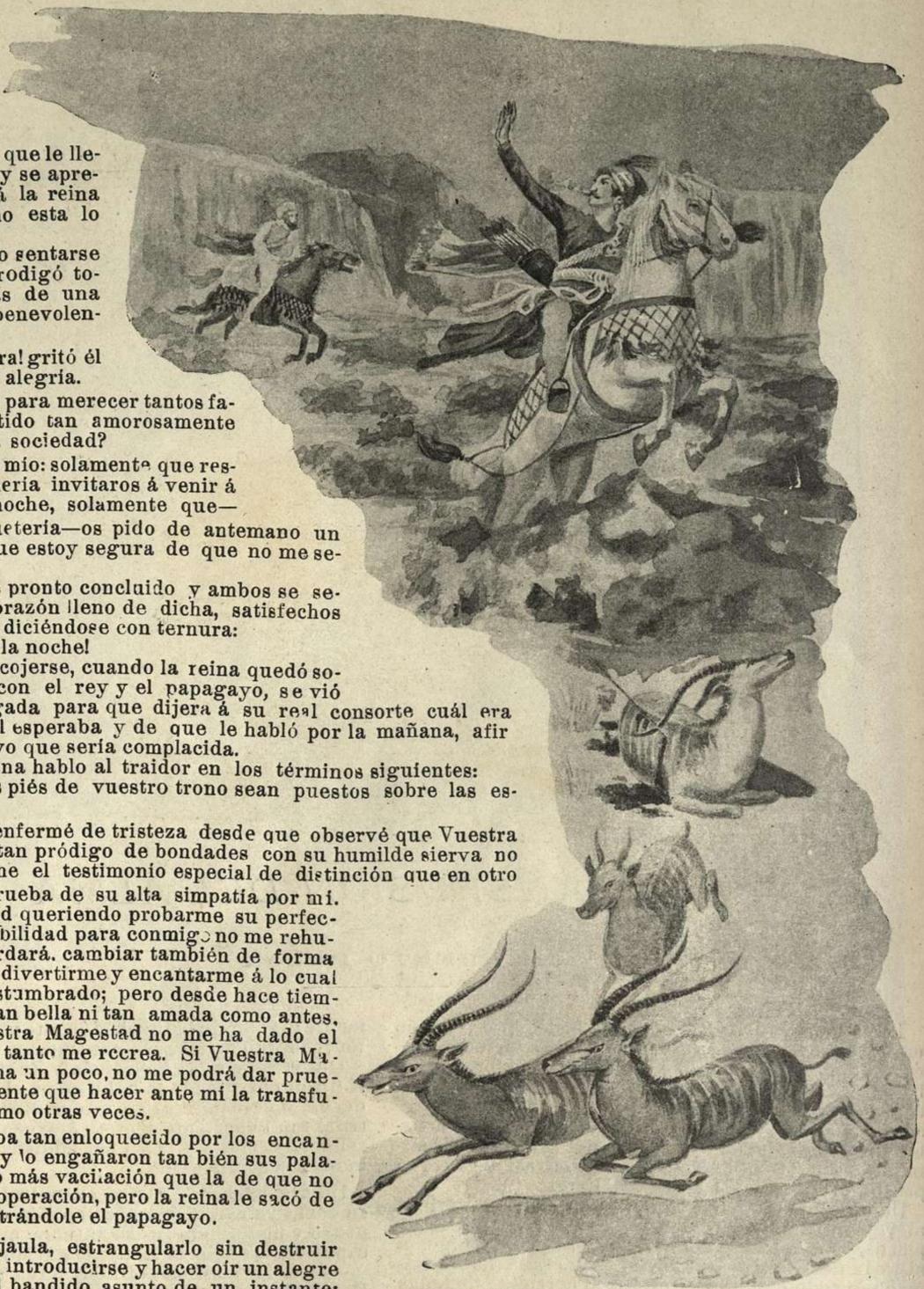
Entonces la reina habló al traidor en los términos siguientes:

—Sire! Así los pies de vuestro trono sean puestos sobre las estrellas!

Sabed que yo enfermé de tristeza desde que observé que Vuestra Magestad antes tan pródigo de bondades con su humilde sierva no se dignaba darme el testimonio especial de distinción que en otro tiempo era la prueba de su alta simpatía por mí. Vuestra Magestad queriendo probarme su perfecta y sublime amabilidad para conmigo no me rehusaba, como recordará, cambiar también de forma con el solo fin de divertirme y encantarme á lo cual ya me había acostumbrado; pero desde hace tiempo no me creo tan bella ni tan amada como antes, puesto que Vuestra Magestad no me ha dado el espectáculo que tanto me recrea. Si Vuestra Magestad aún me ama un poco, no me podrá dar prueba más convincente que hacer ante mí la transfusión del alma como otras veces.

El traidor estaba tan enloquecido por los encantos de la reina y lo engañaron tan bien sus palabras, que no tuvo más vacilación que la de que no había sugeto de operación, pero la reina le sacó de la dificultad mostrándole el papagayo.

Sacarlo de la jaula, estrangularlo sin destruir el bello plumaje, introducirse y hacer oír un alegre canto fué para el bandido asunto de un instante: pero en el mismo momento el cuerpo real dejado inerte se endereza bajo la influencia del alma que había salido del papagayo extendió los brazos, se



apoderó del traidor que estaba en el papagayo, le torció el pescuezo y lo mató y remató,

Desde entonces el rey, desembarazado de su temible enemigo y entrado en la justa posesión de su personalidad, amó más y más á la reina, hizo acuñar medallas con la efigie del antilope y del papagayo, no se vistió más que de verde y pobló sus jardines de estas dos especies de animales, por los que demostraba siempre particular predilección.

DR. MIRZA KHALIL-KHAN.

## De M. José Maria de Heredia.

FLORIDUM MARE.

En la feráz llanura la mies dorada ondea como la mar, al soplo del aire que la mece, y un rápido rastrillo que surge y desaparece, simula, á la distancia, bajel que cabecea.

El mar hasta el ocaso que brilla y purpurea, violado, azul ó rosa sus aguas adormece, ó blanco de corderos que forma y desvanece, se agita y como un prado sin límites, verdea.

Los pájaros marinos se agrupan, en bandadas, y hácia la mies que ondula con aureas oleadas, en torbellino baten las alas presurosas;

Al par que de los campos embalsamado el viento sobre las crespas aguas del mar en movimiento, esparce densa nube de blancas mariposas.

SOL PONIENTE.

Esplenden las aulagas en el crestón erguido; colora el sol poniente la niebla que le esfuma, y aun brilla á la distancia, cubierto por su espuma, donde las costas mueven el mar indefinido.

La noche silenciosa va descendiendo. El nido se calla; entra el labriego bajo el hogar que ahuma, y el toque de oraciones, meciéndose en la bruma resuena, al ronco estruendo de la pleamar unido.

Como de ignotos antros, de las angostas hoces, de sendas y barrancas, surgen distintas voces de tardos campesinos que vuelven hácia el valle

Extiéndese las sombras por montes y campañas, y el sol agonizante traspone las montañas y pliega bajo el cielo su cardeno ventalle.

F. GARCIA RODRIGUEZ,



**EL SILFO.**

[Victor Hugo.]

Estaba la noche muy negra, muy fría;  
Y ya moribunda la luz del hogar  
Tras góticos vidrios apenas lucía.  
Adentro una niña... velaba? dormía?...  
Alguno por fuera llamaba al cristal.

—«Soy en la límpida esfera  
El hijo vago y risueño  
Del sol y la primavera,  
Un silfo... menos que un sueño.  
Soy el espíritu errante  
Que desprende del rocío  
La mañana al despertar,  
Soy del éter habitante,  
Y en la noche, por el frío,  
Soy el huésped del hogar  
Esta tarde, entre las flores,  
Una pareja dichosa  
Estaba hablando de amores  
En voz baja y cariñosa.  
Yo de muy cerca la oía.  
Cuando de pronto en un beso  
Que su palabra cortó,  
Cogieron una ala mía...  
Y aun estaba yo allí preso  
Cuando la noche llegó  
Es ¡ay! demasiado tarde  
Para que yo entre á mi broche.  
Estov solo... soy cobarde....  
¡Abreme por esta noche!  
Deja que duerma en tu lecho,  
Y cuando vierta la aurora  
Su luz primera, me iré,  
Tendré lugar muy es-recho,  
Y te prometo señora,  
Que muy poco ruido haré.  
Mis hermanos han hallado  
Un albergue en el rocío,  
Solo y fuera me he quedado....  
Tengo miedo.... y tengo frío.  
¿A dónde encontrar mi broche?  
No hay una luz en el cielo,  
En los campos una flor....  
¡Abreme por esta noche!  
No tengas ningún recelo....  
Si yo soy.... todo candor!  
¡Abreme! Sus densos flancos  
Pavorosa la tiniebla  
De horribles espectros blancos  
Y negros fantasmas puebla.  
Entre el follaje sombío  
Como lívidas miradas  
Los fuegos fatuos se ven,  
Y sobre el agua del río  
Claridades azuladas  
Lívidas flotan también.  
Abreme, señora mía!  
Porque en los campos desiertos,  
Tras la colina sombría

**DAMAS MEXICANAS**



Srta. Maria Martínez de Castro  
[DE CULIACAN] Fotografía de Valletto

Están bailando los muertos.  
A sus almas desveladas  
Da la noche pavorosa  
Un sudario de vapor.  
Si esas fantasmas heladas  
Por divertirse, á su fosa  
Me arrebatarán.... ¡qué horror!  
Si desoves mi gemido,  
¿Buscaré los musgos viles  
Y disputaré su nido

Miserable á los reptiles?  
¡Abreme por un momento!.....  
Son cariñosos mis ojos  
Y mi palabra de miel.  
Sé remedar el acento  
Que oye, con dulces sonrojos  
La niña, de su doncel.  
Además... soy tan hermoso!  
Si vieras temblar lucientes  
Mis alas al sol radioso

Blancas, puras, transparentes!....  
Tengo los bellos colores  
Del lirio que me escondía  
Del tenebroso capuz,  
Y se disputan las flores  
Mi aliento, todo ambrosia,  
Y mi cuerpo, to to luz.  
La ligera mariposa  
Es pesada junto á mí,  
Y sin perfume la rosa  
Ni belleza el cobrío,  
Cuando de gala vestido  
Con reflejos de topacios  
Y záfiro brillador,  
Voy en la luz escondido  
Visitando mis palacios  
Como rey, de flor en flor.  
Mas ¡ay! en vano te imploro!....  
Aquí nada tengo mio,  
Ni mis corolas de oro,  
Ni mis copas de rocío.  
Yo t... las diera, señora,  
Porque abrieras tu ventana  
Un instante para mí;  
Y no que vendrá la aurora  
Y triste verá mañana  
Que ante tu puerta morí.  
En cambio del hospedaje  
Que en esta noche me dieras,  
De una hada ¿quieres el traje?  
¿El velo de un angel quieres?  
Haré de tu noche, día;  
Y sin que corte el desvelo  
Tu deleite embriagador,  
Pasará tu fantasía  
De los ensueños del cielo  
A los ensueños de amor.  
Pero en vano está mi aliento  
Empañando tu vidriera.  
¿Crees que pérfido mi acento  
La voz de un amante fuera?  
No soy más que Silfo errante  
A quien léjos de su broche  
Un osculo aprisionó,  
Pero no soy un amante....  
¡Abreme por esta noche!  
Porque soy el Silfo yo."

El Silfo lloraba. De pronto, sonora,  
Cual dulce reclamo del alma que llora,  
Se alzó una voz triste, que luego calló.  
¿Qué voz era aquella?  
La niña, sin miedo,  
Abrió la ventana, muy quedo, muy quedo....  
Mas nadie ha sabido si al Silfo la abrió.  
MANUEL M. FLORES.  
Amargo es el vino del amor y solo se dulcifica y se hace grato al paladar, tomándolo en copa de oro.



María Rosales.

Nadie olvidará su entrada al escenario, en la *Hija de Jefe*. Llevaba entre los brazos, cruzados sobre el pecho, un gran haz de flores; sonreía con una ingenuidad incomparable y no se desconcertaba ante el grande y querido monstruo, del que partían rumores significativos.  
—Y no tenía usted miedo?... le preguntamos después.  
—Ni tantico así.

—Cuáles fueron sus emociones durante la velada?  
—Antes de salir á la escena, estaba muy nerviosa; mas cuando pisé las tablas y ví la sala tan bonita, sentí gusto, mucho gusto.  
El público por su parte, se deja cortar las uñas, como el viejo león de la fábula, enamorado de una linda pastora; y premió aquella candorosa confianza de niña, que *no tenía ni tantico así de miedo*.  
Hay algo que embriaga en esos triunfos ostentosos de la escena, tan inmediatos y tan fugitivos. Si alguna vez la gloria ha sido veruad, fué sin duda en el proscenio.  
Mañana todos conservarán de la magia que los dominó, un recuerdo pálido, como de algo que se ha soñado: pero ahí, frente al escenario, pasa por los espíritus un gran soplo de locura, una gigantesca ráfaga de entusiasmo.  
Se adora al actor que supo revelarnos sensa-

ciones nuevas, con el mismo impetu devoto, con la propia unción maravillada con que los hombres primitivos al sol que se levanta en toda la gloria del azul.  
La palabra escrita no disfruta de ese divino privilegio de la palabra hablada. Aquella se abre paso lentamente y se perpetúa por la firme conquista de las almas; pero ésta es un verbo que tiene Tabor y ahí se baña en todas las luces de la Transfiguración.  
Qué importa que mañana se olvide al que fué rey tantas veces? No se quejará él por eso de la vida. Fué algunas horas el dominador, el *Imperador*, el Dios; la admiración le pagó su tributo... eso basta... la muerte ya no necesita aplausos, ni necesita gloria.

Alcanzará María Rosales esa meta del arte en que la actriz se glorifica por el talento?  
Por qué no si estudia, si estudia mucho, si estudia siempre?  
La cuesta es hostil, pero allá arriba, en la cumbre de la montaña, nunca se pone el sol.

**SILIETUM**

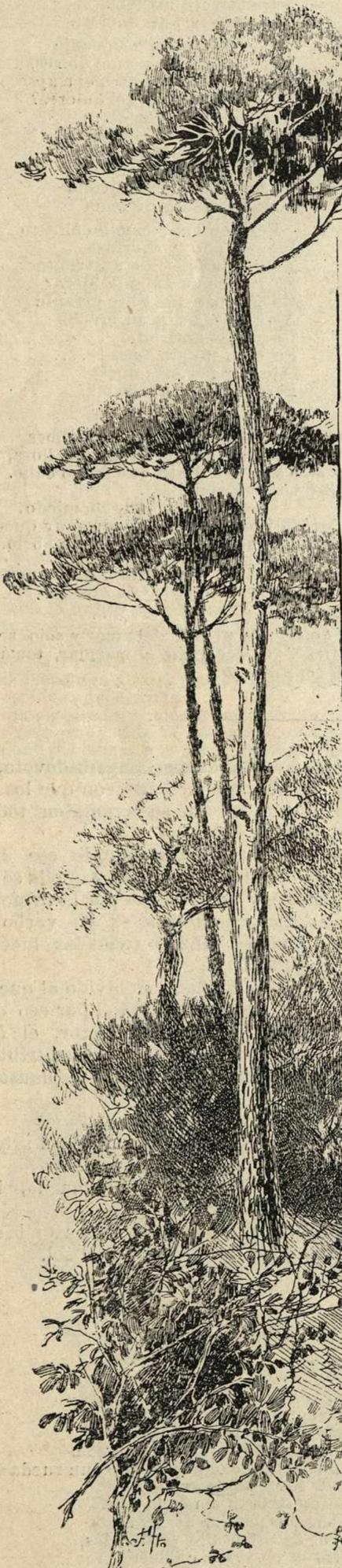
A los aires de marzo la arboleda tórnase á revestir de verde hoja; de sus marchitas flores se despoja y donde una sucumbe, un fruto queda.  
En los desvuelto campos en que aun rueda del fenecido invierno la seroja, la mies despunta y la amapola roja abre sus blandos pétalos de seda.  
Y en torno á los frutales verdecidos, de leves frutos en agraz cubiertos, y entre la verde mies que ha de ser rubia, En sus bordos gráciles erguidos, alzándose al azul, recién abiertos, los blancos lirios le demandán lluvia.  
F. GARCÍA RODRIGUEZ.



# Mis Noches

## VIEJOS ROMANTICISMOS.

De Luis G. Urbina



¿Cómo eran? Azules y tibias,  
transparentes, profundas, calladas...  
en el fondo del cielo sin nubes  
un reguero de puntos de plata;  
mucha luz en el amplio horizonte,  
como esmalte turquí, las montañas,  
esplendores de nieve, en los campos,  
y en las selvas, penumbras lejanas;  
en los nidos, las aves dormidas.  
en mis manos, los *Cuentos de Hadas*,  
en las flores abiertas, perfumes,  
y la alegre inocencia en mi alma.  
Así fueron mis noches de niño,  
así eran mis sueños de infancia,  
y así son las memorias que guardo.  
frescas, puras, radiantes y blancas.

Plenilunio!... En el cielo tranquilo,  
trasponiendo montañas sombrías,  
como pálida esfera de oro  
lentamente la luna ascendía.

¡Qué contraste de luces y sombras!  
La ciudad ¡qué callada! ¡qué limpias  
en la bóveda azul las estrellas  
cual brillante reguero de chispas!

A lo lejos, bañada de luna,  
explendente, la selva vecina,  
y los pinos, cual seres insomnes  
agitando sus copas erguidas.

¿Dónde voy? Voy a ver a mi novia  
que ya espera, temblando, la cita,  
a besar unos ojos azules,  
a escuchar confidencias de niña.

Quiero ver si es posible que huyan  
estas ansias inquietas de dicha,  
al sentir el amor, puro y casto  
de una alma inocente y sencilla.

¿Dónde estoy? en los brazos de Venus;  
cual Tanhauser, gastando la vida,  
estoy viendo flotar cabelleras  
y cubrir, desnudeces olímpicas.

Aquí están los deseos que vuelan  
y que van de pupila a pupila,

las palabras que saben a besos  
y los besos que suenan a risas.

¿Y qué espero, leyendo, en la estancia,  
al fulgor de la triste bugía,  
entretanto que en luz argentada  
el abierto balcón se ilumina?

¡Ah! Dejadme, que espero a la Musa,  
la que pone en mis manos la lira,  
me da un beso en la frente, y me dice,  
que me ama, que canta, que es mía.

¡Oh, Musset, oh Musset, oh poeta!  
Tus sublimes estrofas me animan,  
quiero hundir mis rebeldes dolores  
en el mar de tu grande poesía.

Así fueron mis noches de joven,  
muy ardientes y muy intranquilas;  
soñador incansable, yo tuve  
para el sueño, una sed infinita.

Y así son los recuerdos que guardo  
como flores que no se marchitan,  
indecisos, confusos, flotantes,  
pero llenos de luz y de vida

Ya llegaron las negras, las tristes,  
las que hojas y flores arrancan,  
las que tienen por sola blancura,  
las estrellas, la nieve, la escarcha.

Ya no hay lunas, ni cielos radiosos,  
ya no hay novias; ya no hay esperanzas,  
ni los astros alumbran las sombras,  
ni los sueños alegran el alma

Me despidió por siempre ¡oh mis noches!  
las azules, las tibias, las blancas,  
plenilunios hermosos que ardían  
en regueros de puntos de plata.

Adios, pues a la niña inocente,  
al amor, a la dicha que pasa,  
a la Musa, a la estrofa encendida,  
al deseo, al dolor, a la lágrima.

Nada queda... Llévame al olvido  
a que espere la noche más larga,  
la tranquila, la dulce, la buena,  
la del sueño que nunca se acaba...

México, 1898

# LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 8.

Por la noche, después de una cena tan frugal como la comida, se acostaba rendida de fatiga, pero contenta del día, dándole gracias á Dios que le había dado fuerzas para concluirlo bien.

La primera vez que se la vió bajar á Auberive llevando en cada brazo un canasto lleno de setas acabadas de recoger, hubo en las calles un murmullo de admiración. ¡Cómo! ¿Germana Vincart á quien se la había conocido en holgada posición estaba reducida á pregonar de puerta en puerta el producto de su cosecha?

¡He ahí á donde la había conducido la prodi-

caidas que juntaba en el bosque le permitieron defenderse del frío en su casa solitaria, y por las noches, junto á un fuego bien encendido, tejiendo sus canastas, daba gracias al cielo que se mostraba tan cuidadoso de su sustento y casi no gozaba á gusto de ese calor que á tantos infelices hacía falta, y su celo caritativo aumentaba y para compensar lo que le parecía bienestar sobrado, entraba en sus reservas de dinero y daba limosnas á los pobres.

Un día Cadet Boucheseiche que husmeaba á su puerta la vió bajar del bosque abrumada bajo

mueca ó con alguna demostración ofensiva, pero ella no parecía oír ni ver nada, pues recordaba que San Francisco de Asís había sido injuriado y flagelado por su propio padre, y esta nueva semejanza de su destino con el del Seráfico Padre le era dulce al corazón. Recordando las palabras del Santo, comparaba su alegría interior con la que «se prueba respirando el perfume de los campos recién segados ó de la viña en flor.»

ULTIMA PARTE.

I

Abrigada con su manta de capuchón que le daba aire de viejecita, Germana cruzaba la senda que conduce al bosque de los Fosos. Había sabido la víspera que uno de los leñadores, el padre Arbillot se encontraba en la mayor aflicción, con su mujer tullida y su hijo gravemente enfermo. Este Arbillot tenía muy mala fama: hábil obrero, pero ébrio, brutal y tasnochador, llevaba una vida poco recomendable y varias veces fué condenado por robo de madera; sin domicilio fijo no poseía otro albergue que las chozas que levantaba pasajeramente en los lugares en que se le contratara para derribar árboles. La mujer se le enfermó á consecuencia de una paliza, y su hijo estaba con fiebre perniciosa.

Con estos antecedentes quedaban paralizadas las intenciones caritativas; y de consiguiente la Junta de Beneficencia, las Hermanas de la caridad y aun el Cura mismo estaban más dispuestos á condenar á los Arbillot que á compadecerlos.

Pero Germana pensó que la caridad cristiana manda auxiliar á los que sufren, y se dirigió á la barraca del leñador llevando algun dinero, pan, azúcar y una botella de vino.

La selva ya no la impresionaba desagradablemente; la oración y el trabajo habían curado sus penas y apagado sus instintos carnales, y ya no se acordaba de Marcial más que para lamentar sus faltas de pecador endurecido.

El bosque con sus árboles y sus pájaros no era ya para ella sino un conjunto de seres á quienes amaba fraternalmente como criaturas del Padre que está en el cielo; y sentía las bellezas de la tierra recién florecida y del agua límpida esparciéndose en alegres arroyuelos, como un anticipo de los esplendores del reino de Dios.

En el declive de una vertiente entre pilas de madera cortada, Germana distinguió la choza de la cual salía un hilo de humo azul. A medida que se aproximaba percibía una voz grosera que respondía con palabras duras á quejas ahogadas.

—Pues bien: ¡que revientel! gritaba el padre Arbillot: ya me cansé de tener sobre las costillas á una mujer y un muchacho que no ganan lo que comen.

Germana conmovida por la indignación y la piedad hasta el fondo de las entrañas, apareció



galidad de sus limosnas y de sus fantasías religiosas!

Las personas á quienes primero ofreció sus mercancías la acogieron con repulsas y burlas, pero ella no se desanimó porque estaba preparada de antemano y aceptaba todo con cristiana resignación. Al fin su humildad y su dulce paciencia conmovieron á la hostelera del *Caballo Blanco* que era una buena persona y le compró sus setas: más aun, viéndola tan razonable y tan contenta de un precio ínfimo, le encargó otros cestos para los días subsecuentes.

Su clientela limitada al principio á un solo comprador, creció insensiblemente al pasar el primer arranque de admiración y las gentes se acostumbraron poco á poco á ver á Germana convertida en vendedora de legumbres. A las burlas siguió la compasión y todos se sintieron conmovidos de un modo simpático por su mansedumbre y su dulzura; luego se observó que era muy escrupulosa en asuntos de conciencia y que lo que vendía siempre era barato y de muy buena calidad, y entonces los compradores se multiplicaron, primero atraídos por una egoísta curiosidad y luego retenidos por el bajo precio de la mercancía.

Germana, en efecto, llevaba á su nuevo oficio, no solamente su sentimiento del deber, sino inteligencia y gusto natural por las cosas de la selva. Conocía los lugares donde las setas abundaban y eran más sabrosas, y donde se encontraban las mejores nueces y las trufas más exquisitas, y nadie mejor que ella sabía arreglar esos ramilletes que tanto agradan á los ricos para adornar sus salones.

Además, era industriosa: cuando llegó el invierno y no quedaron en la selva frutos ni flores, se proporcionó mimbres y juncos y lianas y con sus tallos finos y flexibles confeccionó canastillas elegantes, cestos finos y otras baratijas que tuvieron mucha aceptación.

Su clientela empezó á extenderse entonces por las aldeas circunvecinas, y pudo así pasar la mala estación sin grandes privaciones. Las ramas

un haz de ramas secas que acababa de recojer, y para sus adentros el sacristán se regocijaba de la humillación de su antigua pupila, cuando acertó á pasar junto á la jorobada un mendigo harapiento.

Entonces el sacristán observó que su sobrina depositando la carga en tierra dió al vagabundo una moneda de plata. Esto era demasiado fuerte, y el sacristán entró á su casa indignado. ¿Cómo? esta hambrienta que deshonoraba á la familia vendiendo cestos de puerta en puerta tenía con qué favorecer á los vagabundos! Decididamente estaba loca y era necesario encerrarla.

El sacristán se desahogaba diciendo tempestades contra la jorobada; y todos los Boucheseiche, machos y hembras, jóvenes y viejos le hacían coro. Cuando encontraban á Germana al paso, no dejaban de testificarle su desprecio con alguna



en este momento á la puerta de la choza y chocó contra el cuerpo robusto de Arbilot que volvía á su trabajo. El leñador retrocedió, contempló la figurilla que tenía enfrente y gruñó:

—Qué quiere usted, niña?

He sabido, dijo ella con voz trémula, que tiene usted un chico enfermo, y vengo para cuidarlo.

—No hay necesidad: basta con su madre. No son cuidados lo que le falta sino medicinas que cuestan muy caras. ¿Las trae usted?

—Tal vez. . . . .en todo caso, permítame usted ver al niño.

—Véalo usted cuanto quiera. . . . .eso no le hará ni bien ni mal.

Entró Germana en la barraca miserable y desnuda, donde un fuego de ramas acababa de consumirse exhalando un humo acre que un boquete abierto en el techo no bastaba para expulsarlo.

Cuando sus ojos se acostumbraron á esta semi-obscuridad, distinguió en un camastro á un chiquillo como de doce años acostado y conservando sus ropas puestas. En el suelo, sobre la tierra lodosa, una mujer de cabellos despeinados y encanecidos gemía acurrucada.

Germana tomó las manos del enfermito que estaban ardientes lo mismo que la cara; la fiebre le hacía tiritar y se quejaba con voz ronca como si un dolor muy vivo le oprimiera la garganta.

—Pobrecito! murmuró la jorobada: se está ahogando. Es necesario llamar al médico.

—Al médico. . . . .al médico!! Y es usted la que lo va á pagar?

—Sí: replicó ella con energía, y yo misma iré á llamarle en el acto; pero antes es necesario consolar al enfermo haciéndole beber una tisana que le desembarace la garganta. Ponga usted agua al fuego mientras busco flores para la infusión.

Hablaba con tanta firmeza que domiró al leñador, el cual echando á la lumbre una brazada de ramas, se puso á soplar hasta que se levantó la llama y luego colocó una vasija llena de agua que á poco comenzó á hervir. Cuando Germana volvió con las flores, hizo cuidadosamente la infusión.

—Usted, dijo á la mujer que la contemplaba con aire atónito, esperará que se enfríe un poco la tisana y la hará tomar poco á poco al enfermo. Entre tanto, voy á traer al Dr. Brocart.

Con ligereza de pájaro atravesó el bosque y descendió la colina de Montaubert: el médico vivía á la orilla del camino y Germana llegó á su casa cuando acababa de comer y estaba saboreando su café.

—Doctor, sería usted tan bondadoso que viniera conmigo á ver á un niño muy enfermo?

—En cuanto acabe de beber mi café. ¿Dónde vamos?

—Al bosque de los Fosos. Se trata del hijo de los Arbilot.

—Malo, malo. Eso está muy lejos. Crees que tengo mis piernas de los veinte años para trepar á pie el cerro de Montaubert?

—Doctor, el niño se está ahogando. . . .!

Y le contó, profundamente conmovida, el estado en que halló al enfermo, la miseria de los Arbilot, y añadió:

—Por el amor de Dios! vamos pronto. Mande usted poner su carruaje.

—El camino es detestable y tardaríamos mucho. Voy á disponer que ensillen mi caballo. Irás á la grupa.

Abrochándose la levita y poniéndose el sombrero el doctor, murmuraba contra las mujeres que siempre hacen á uno obedecer sus caprichos. Y tan pronto como estuvo listo el caballo, montaron los dos y se pusieron en camino.

Los vecinos que les vieron partir no volvían de su admiración. Era en efecto, risible el espectáculo del Doctor, largo y flaco llevando á la jorobada hecha un ovillo á sus espaldas.

—Agárrate bien, dijo el Doctor, y luego le preguntó con interés:

—Y esos Arbilot son tus amigos?

—Hoy los conocí.

—Sabes que tienen mala fama?

—Cuando se trata de servir al prójimo, basta saber que es desgraciado.

—En efecto. Si no debiera socorrerse más que á los honrados, el oficio sería una canongía. Sabes que tienes talento? Pero eres una buena niña y eso vale más.

—Procuró cumplir mis deberes de cristiana.

—Puede ser: pero hay muchos cristianos que no hacen lo que tú.

Llegaron por fin á la choza y encontraron al



enfermo en el mismo estado. El Doctor le examinó la garganta.

—Angina membranosa, dijo á Germana. Tenías razón; casi no queda tiempo de salvarle.

Sacó de su estuche un lápiz de nitrato de plata y se puso á quemar las falsas membranas que como tela de araña se atravesaban en la garganta.

—Mira bien como lo hago, dijo dirigiéndose á la jorobada, ¿te sientes con bastante valor para practicar por tí misma esta operación? El niño necesita curaciones frecuentes con este lápiz, mientras observes que hay membranas falsas. Si pide que beber dale la tisana caliente. Yo volveré al anochecer. Ustedes, agregó dirigiéndose á los leñadores, sacarán al campo esos tizones que hacen humo perjudicial y el enfermo queda al cuidado de la señorita. Queda convenido? Hasta la tarde!

Cuando el Doctor se fué, Arbilot volvió á su trabajo y Germana se ocupó en poner en orden la cabaña. La mujer casi no servía para nada; los malos tratamientos la habían embrutecido y no sabía sino gimotear. De tiempo en tiempo la jorobada examinaba la garganta del niño que incensantemente pedía qué beber. Parecía haber agravado. Germana lo cubrió con su capa y se puso á quemarle las membranas, pero sea que obrara con desacierto ó que el mal se hubiera hecho rebelde, la respiración se hacía más difícil. Enrojecido y con las pupilas dilatadas volvía hacia la jorobada unas miradas suplicantes que la afligían. Al obscurecer vino el Doctor; se llevó aparte á Germana y le dijo:

—Esto ha terminado. No vivirá más que unas horas; y como sabes que el mal es contagioso harías bien viniéndote conmigo.

—No, Doctor: aquí estoy en mi sitio y esperaré hasta el fin.

Mientras el Doctor se alejaba, ella volvió á entrar y arrodillándose juntó al moribundo:

—Oremos, dijo gravemente á la madre.

—No puedo. He olvidado las plegarias.

—Entonces únase usted á mí en intención, porque sólo Dios puede salvarlo.

Y en voz alta, con profunda piedad se puso á orar.

Pero el cielo y los santos no quisieron oír, y como lo había anunciado Brocart, el enfermo murió en la noche.

La madre al saber que todo había terminado, llenó la choza con sus lamentos; y Arbilot, silencioso un momento ante el cadáver, se puso á jurar como un pagano porque los gritos no lo dejaban dormir. Al fin aquella mujer agotada por el dolor se durmió y empezó á roncar.

Sola Germana velaba junto al muertecito y rezaba de nuevo para que su alma se fuera al Paraíso.

Al amanecer cortó flores, adornó con ellas el cadáver, dió á los Arbilot el dinero que había traído y descendió á Auberive para mandar hacer el ataúd y encargar á la iglesia un servicio fúnebre.

Caminaba lentamente, entristecida por la ineficacia de sus plegarias, pero se decía que seguramente Dios había preferido salvar esa alma de las miserias del mundo. Había pasado ya los últimos árboles de la selva, cuando oyó una queja humana resonar á lo lejos. Esta queja desgarradora se exhalaba á veces en notas agudas, á veces se ahogaba como entrecortada por sollozos, y luego vibraba otra vez más fuerte y más desolada.

Sin duda había por allí algún infortunio que socorrer y Germana sin vacilar se dirigió al lugar de donde salían los gemidos, llegando á un pradito donde vió á una campesina tendida de



cara al suelo entre las hojas secas, presa de una violenta desesperación. En el paroxismo de su dolor ni se apercibió siquiera de la llegada de una extraña; y sacudida por estremecimientos nerviosos hundía la despeñada cabeza entre sus manos y repetía obstinadamente las mismas palabras: ¡Dios mío! ¡Dios mío! y su lamentación parecía un alarido de fiera.

Germana se inclinó sobre aquella infeliz y le dijo.

—Qué tiene usted, amiga mía?

La desesperada tembló, se incorporó, mostró su cara y Germana quedó sobresaltada viendo á su antigua rival Clarisa Pitois; ésta reconoció á su vez á la jorobada y le dijo con expresión hostil:

—Vete. . . . ¡quiero que se me deje!

—No, replicó Germana con voz firme y dulce: yo no te dejaré en el estado en que estás. Eres mi hermana en Jesucristo, estás sufriendo y eso basta para que no te abandone. Clarisa estupefacta por tan inesperada consideración se había apoyado sobre sus codos; y al través de sus lágrimas contemplaba á la jorobada con desconfianza todavía.

—Tú, Germana, tú, balbucía?

—Sí: parece que te agobia un gran dolor, háblame de él y procuraré venir en tu ayuda.

—Nada puedes hacer, y tú menos que nadie.

—Qué sabes tú? Porqué no me haces tus confidencias?

—Porque, replicó la infeliz con salvaje irritación, tú eres la causa de mi desgracia y te alegrarías mucho si supieras lo que me ha sucedido.

—Te equivocas! . . . . Nunca me han alegrado las desdichas de los demás y si te he hecho daño sin saberlo, esta es razón de más para que te expliques á fin de que repare yo mi falta involuntaria.

Esta mansedumbre que no podía comprender, conmovió á la infeliz haciéndola más expansiva; y en parte por despecho y en parte por desaho-

gar su corazón, acabó por arrojar al rostro de Germana como un reproche estas palabras.

—Pues bien: Marcial me ha abandonado. ¿Estás contenta?

Las lágrimas humedecieron los ojos de la jorobada que murmuró con sincera compasión.

—¡Pobre niña!

—Te doy lástima, verdad? gritó Clarisa con amargura. ¡Sólo esta afrenta me faltaba! Guárdete tu piedad que para nada me sirve. . . . . Sí! me ha dejado, á mí que dejé mi colocación por irme á vivir con él y le servía como un perro. Me ha cambiado por una asquerosa carbonera y ha partido con ella hoy para los bosques de Grancey. Nadie lo amará como yo! Y se ha ido como un miserable sin inquietarse de lo que me sucedería. Ah! Dios mío! Por qué no prefirió matarme?

Los gritos comenzaron otra vez más desgarradores, Clarisa boca abajo se golpeaba la cara contra el suelo.

—Hace tiempo, añadió, que me preparaba ese golpe. Desde aquella escena contigo en el taller de Amorey, su casamiento frustrado le revolvía la bilis y me reprochaba haber sido causa de que ustedes rompieran; cambió de humor, y empecé á notar que no me amaba como antes. Entonces esa bribona de Brunilla vino á rondarlo con sus gazmoñerías de gata loca y se lo llevó y ya no volverá más. . . . . ya no volverá! . . . .

—Marcial, dijo gravemente Germana, es un corazón extraviado; te engañó como á tantas otras porque no ama á nadie. ¡Que el buen Dios le tenga misericordia!

—Déjame en paz con tu buen Dios. Sea Marcial lo que fuere, le he querido, le amo todavía y ya no está conmigo y no puedo vivir sin él. ¿Seguir así mientras la corre con otra? No; jamás. Me arrojaré al río y así terminará todo.

—Tú no harás eso, gritó Germana con vehemencia, tú no te condenarás. . . . . tú no perderás tu alma.

—Y quién me lo impedirá? dijo Clarisa con burla nerviosa.

—¡Yo!

—Ensaya un poco para ver! . . . . . No comprendes que lo he perdido todo? No tengo ni pan, ni casa, ni amante. Me vas á dar todo eso?

—Te daré un amigo que no engaña nunca.

—Cuál?

—Ya te explicaré eso más tarde. Entre tanto, ven conmigo: mi casa será tuya y partiremos mi pan.

Clarisa contemplaba á la jorobada con aire estupefacto é incrédulo.

—Es serio eso que me dices? No te estás burlando? Vas á vivir en unión de una perdida como yo? No me guardas, pues, rencor?

—No! A Dios gracias yo no he tenido nunca para mi prójimo más que amor en el corazón. Vamos. . . . insistió obligando á Clarisa á levantarse y besándola tiernamente, se razonable y buena; ven, yo te amaré como se debe amar á los que sufren y estarás conmigo el tiempo que quieras.

Y tomó de la mano de la abandonada que tornándose obediente la siguió hasta su casa llorando como un niño.

## II

En el jardín de Germana, cerca del bosque de Montgerand, el sol de Abril terminaba su obra de germinación y enverdecimiento. Los tallos de tulipanes, jacintos y lirios se lanzaban ya hinchados y erectos de la tierra recientemente removida; los manzanos y los perales ostentaban sus copos de flores blancas y las abejas atareadas zumbaban en torno de los colmenares. Los pajarillos cantaban y una riente alegría se esparcía por los rios, los prados y las colinas arboladas.

Clarisa que arreglaba en compañía de la jorobada un cuadrado para sembrar legumbres; arrojó la pala al suelo, estiró los brazos con un movimiento que hizo tronar un vestido de lana negro que fué de la difunta señora Vincart y estaba estrecho para los robustos senos de la trabajadora; luego suspiró dolorosamente y enclavijó las manos.

Dilatábase su nariz como para husmear mejor los aromas primaverales esparcidos y su mirada salvaje seguía la curva cintilante del río que serpenteaba á lo lejos antes de desaparecer en un recodo de la selva. Germana que la estaba examinando con mirada inquieta le preguntó:

—Y bien, Clarisa, ya no trabajas?

—No puedo, dijo ella con decaimiento; se diría que me corre plomo por las venas; tengo los brazos y las piernas adoloridos como si se me hubiera golpeado; el sol me emborracha; y luego cuando distingo las lomas de Colmiers y pienso que Marcial está allá abajo, del otro lado del bosque, me vienen ganas de escaparme para ir á verlo otra vez.

—Es fuerza arrojarlo de tu pensamiento y pedir á Dios que no te deje sucumbir á la tentación.

—No es posible, porque la tentación es más fuerte que yo.

Tengo siempre la imagen de ese hombre en mi corazón y en mi memoria y mientras pienso en él se me quema el cuerpo y siento ansiedad rabiosa de correr á apretarlo en mis brazos hasta que yo me sacie.

—Oh! Clarisa. . . ! exclamó Germana escandalizada.

—Qué quieres? replicó con energía la joven; yo he sido siempre así. Desde que tenía quince años, cuando me gustaba un muchacho, no podía abstenerme de correr á él como una loca. Te avergüenzo, no es verdad? Y sientes haber traído á tu casa á una mujer tan sin pudor.

—No siento nada, murmuró tristemente Germana, sino que cuento con la bondad y el poder de Dios y espero que me concederá la gracia de arrancarte á tus malos pensamientos y librarte como á mí del pecado.

Clarisa hizo un signo de incredulidad.

—Oh! tú eres diferente. . . . . Tú no sabes lo que es tener el amor en la sangre. Hablas de eso, como un ciego de los colores.

Una sonrisa melancólica crispó los labios de la jorobada y en tanto que las tintas del rubor subían á su rostro respondió con humildad.

—No hay criatura por deforme que sea que no haya sufrido las tentaciones de la carne. Si pudieras leer en mí, verías que he padecido como cualquiera otra y me he acusado á Dios y lo confieso delante de tí: sí, yo he sido acosada por la tentación como una liebre que cae en poder de perros hambrientos; me he sentido trastornada y torturada como tú á la vuelta de cada primavera y gritaba mi desesperación á las bestias del campo, y á las plantas y á los árboles y me arrojaba á tierra y besaba las yerbas y las flores. ¡Tan atormentada así estaba yo por la necesidad pecaminosa de oprimir mis labios contra cualquiera cosa viviente. . . . . Dios ha tenido al fin piedad de mí, y después de haberme castigado en el cuerpo, ha cambiado mi amor bestial por otro más grande y más puro.

—Otro amor?

Clarisa asombrada abría desmesuradamente los ojos y su mirada curiosa penetraba en las pupilas negras de Germana como para buscar las huellas de ese amor obscurecido é incomprensible.

—Sí, añadió Germana, un amor que une en una sola afección á las criaturas y al Creador. El que en sí mismo es todo amor puesto que por

adhesión á los hombres descendió á la tierra para salvarnos.

Clarisa sacudía la cabeza haciendo poderosos esfuerzos para comprender lo que se la decía.

Ah! vamos, dijo después de un momento: me quieres decir que te hiciste devota; eso no me sucederá en mucho tiempo. Lo primero que los curas piden á los que se confiesan, es que renuncien á las galanterías y al amor y yo sé muy bien que no podría prescindir.

—Y sin embargo, mi pobre amiga, de todo eso no has sacado más que penas. . . . Marcial te ha engañado, los demás te engañarán igualmente porque las afecciones de los hombres son por naturaleza pasajeras. Todas las cosas del mundo están destinadas á terminar y cuando nos dejan padecemos de soledad y de abandono en el corazón y en el cuerpo.

Es necesario, pues ligarnos á lo que no muere, á Jesús y en amor infinito y dulce.

—Cómo! dijo Clarisa. ¿Podré amar á alguien que sea invisible? ¿Has visto tú alguna vez á Nuestro Señor?

—Sí. . . . Una vez, por los días en que cargaba aún con el peso de mi pecado, oraba en la Capilla del Sagrado Corazón donde hay una imagen de Cristo Crucificado: le decía mi pena y le pedía que la aliviara y de improviso vi positivamente sus ojos volverse hacia mí y moverse sus labios; y dulce como un suspiro oí su voz que murmuraba: «Ven á mí.»

Clarisa escuchaba con creciente atención el milagroso relato de Germana y los rasgos de su fisonomía expresaban una mezcla de respeto y admiración, porque lo maravilloso ha tenido siempre gran acción sobre las almas sencillas, y Clarisa tenía la simplicidad ingénuo de una joven salvaje. De consiguiente, con ojos asombrados contemplaba á su antigua compañera de catecismo, y sentía por ella cierta especie de veneración.

—Qué. . . ? tú has visto á Nuestro Señor!

—Como lo verás tú si quieres humillarte y arrepentirte de tus pecados.

—Siempre fuistes una niña piadosa, Germana, y por eso te ama el Señor; pero yo he hecho más picardías que milagros y soy una desvergonzada.

—La Samaritana vivía también en la impureza y no obstante Jesús se reveló á ella y se dignó beber del agua que llevaba; pues lo mismo se volverá á tí cuando le hayas sacrificado las alegrías del mundo sin reserva y sin compensación, y quedará tu corazón tan puro como el de un niño recién nacido.

Cuando acababa de pronunciar Germana estas palabras se oyó una voz que partía de la cocina y apareció en el dintel de la puerta la escuálida silueta negra del Cura Pechenart.

—Germana, Germana Vincart, dónde estás?

Ella corrió á la escalera que subió ágilmente, entró en la cocina y después de la reverencia debida exclamó:

—Aquí estoy, Señor Cura.

El Cura Pechenart se había sentado y se abanicaba con su sombrero porque al rayo del sol había subido la cuesta de Montgerand y ya el calor empezaba á hacerse sentir. Con un signo indicó á la joven que tomara asiento á su vez frente á él y le dijo con voz severa:

—Germana, préstame atención; tengo que hablarte de cosas graves.

Luego se secó la frente con un pañuelo, tosió y comenzó de esta manera:

—Germana: desde que regresaste, tu conducta es inconsiderada y ha parecido condenable, no sólo á las gentes mundanas sino aún á las piadosas y caritativas; no te hablaré de la imprevisión con que disipaste tu patrimonio, ni de la manera que has adoptado para ganarte el sustento ejerciendo oficios que te obligan á andar por todas partes, cosa que no conviene á una niña, de tu edad, porque hay en eso un orden de consideraciones puramente profanas en las cuales no quiero entrar ya que no atañen á la religión.

No sucedelo mismo con ciertas prácticas tuyas que incurren en el error de que son inspirados por la caridad y que nosolamente son pecaminosas en sí mismas, sino que pueden ser nocivos á la iglesia porque tienen lugar bajo la capa de la religión y escandalizan á los fieles de mi parroquia. Personas respetables me han traído sus quejas á ese respecto y me he sentido mortificado cruelmente.

—Y de que se me acusa, Señor Cura?

—Primero, de que tienes la presunción de ocu-

parte en obras caritativas sin tomar consejo ni de tu pastor ni de las personas oficialmente designadas para la distribución de limosnas; eso es un acto de orgullo que pone en peligro tu alma y te deja expuesta á groseras equivocaciones. De tu propia iniciativa y sin tomar en cuenta tu inexperiencia, se te ha metido en la cabeza socorrer á las gentes menos recomendables y prodigas tus dádivas á los mendigos y vagabundos sin reflexionar que recayendo á veces sobre malas personas, comprometes la religión por tu falta de criterio.

—Nada me sería más cruel, señor Cura, que verme convertida en motivo de escándalo. . . . pero recuerdo que Nuestro Señor vivía entre los leprosos y demoniacos y que los curaba y socorría sin indagar si habían vivido ó no en el pecado; y recuerdo más todavía y es que dijo á los Fariseos: «En verdad os digo que los publicanos y los pecadores entrarán antes que vosotros en el reino de los cielos.»

Como al Cura no le gustaba que se le contradijera, frunció el entrecejo y dijo en tono de reproche:

—Ya te he dicho que eres una orgullosa y tanto más cuanto que te metes á citar los Santos Evangelios atreviéndote á interpretarlos. Y qué resulta de eso? Que no teniendo ni la sabiduría ni la discreción necesarias, los comprendes al revés y arreglas tu conducta á esta falsa interpretación. No me han informado en estos últimos días que has recogido de en medio del arroyo una de esas pecadoras de que hablas, y que habiéndola traído á tu casa no te avergüenzas de que viva á tu lado? De pronto no lo quise creer; pero esta mañana tu mismo tío, el sacristán Boucheseiche me aseguró que en efecto, has tomado bajo tu protección á Clarisa Pitois. . . . una perdida que es el oprobio de la parroquia!

La jorobada se levantó y abriendo la puerta mostró á Clarisa que habiendo tomado nuevamente la pala, trabajaba en pleno sol.

—Es cierto. Véala usted trabajando en nuestro jardín.

—El rubor de la cólera subió al rostro del Cura Pechard que levantando la indignada voz, gritó de forma que los ecos lejanos la repitieron.

—Es posible! Y has echado en olvido tu dignidad hasta el punto de vivir al lado de la última de las perdidas?

—La encontré en la selva, abandonada de todos, muriendo de dolor y de hambre y sin abrigo, qué debía yo hacer?

—Conducirla al asilo ó al cuarto: hay refugios para las prostitutas; si la habría remitido á una de esas prisiones y la parroquia se habría desembarazado de ella.

—No se habría dejado conducir y todo estaría perdido, yo preferí traerla á mi casa á fin de salvar al mismo tiempo su cuerpo y su alma.

—No se pone impunemente un fruto podrido al lado de un fruto sano. . . . Mándame en el acto á esa perdida!

—Señor Cura: me va usted á reprochar de nuevo por citar fuera de oportunidad las Santas Escrituras, pero es bueno recordar que usted mismo fué quien me envió el libro y que según su recomendación me he nutrido en esa lectura procurando normar mi vida conforme á los divinos preceptos, pensando que los mejores modelos son los del Evangelio. Pues bien, allí he leído: «Los Escribas y los Fariseos trajeron á Jesús una mujer adúltera y le dijeron: —Maestro, la ley de Moisés nos ordena lapidar á esta mujer. Cuál es tu opinión?— Jesús guardó silencio é inclinándose escribía con el dedo sobre la arena; y como ellos insistieran, se levantó y les dijo: Aquel de entre vosotros que esté sin pecado, tire la primera piedra. Y luego volvió á su escritura sobre la arena.»

Cuando los fariseos se alejaron, se levantó de nuevo y dijo á la mujer: No se han atrevido á castigarte y yo no te castigaré. Vete y no peques más. Señor Cura, en la parroquia nadie está sin pecado y nadie tiene derecho de apedrear á Clarisa Pitois. No le parece á usted preferible

que imitéramos á Cristo procurando que no peque ya más? Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva. Embarazado por esta argumentación, el sacerdote se mordía los labios y estudiaba curiosamente la expresión estática de los brillantes ojos negros y del rostro pálido de su interlocutora, diciéndose para sus adentros: «La chiquilla tiene razón.» Pero sus principios autoritarios le prohibían demostrar perplejidad y levantándose dijo con voz seca é imperiosa.

—No estamos ya en los tiempos de la Iglesia primitiva, y no he venido aquí para discutir sino para cumplir mis deberes de pastor. Ya estás advertida: á tí te toca examinar si en interés de tu reputación y tu salud debes atender los consejos de las personas discretas y piadosas ú obrar á tu capricho.

—Gracias, señor Cura, dijo simplemente Germana.

—Lo que debes hacer es ser dócil y humilde. «Dios eleva á los humildes y abate á los soberbios.»

Habiendo lanzado esta cita como una flecha destinada á traspasar el orgullo de su feligrés, el cura se retiró y Germana lo fué á acompañar hasta la puerta del patio, siguiéndole con mirada curiosa en tanto que descendía la cuesta. El sacerdote posaba el pie con energía sobre los guijarros como si hubieran sido otros tantos espíritus rebeldes. Cuando desapareció, la joven regresó á la cocina y quedó sorprendida porque desde la puerta no vio á Clarisa en el lugar donde la había dejado. Un suspiro quejumbroso que salió derrepente de un maciso de arbustos, atrajo su atención y vió entonces á su amiga llorando desolada.

—Qué te pasa, Clarisa? Estás enferma?

—Perdóname. Cuando el cura levantó la voz, sospeché que se trataba de mí y me acerqué á escuchar. . . .

—Por qué te desconsuelas así? Qué es lo que has creído?

—Creo que me vas á enviar al asilo. . . . El cura tiene razón, yo soy la última de las perdidas, y una niña honrada no me debe conservar en su casa.



—Una dulce claridad iluminó el semblante de Germana que se inclinó hacia Clarisa, le tomó las manos y la obligó á levantarse.

—Mi pobre amiga, le dijo, no te atormentes. . . el señor cura tiene sus razones y yo tengo las mías. Es posible que el mundo se vuelva contra mí, pero ya estoy dispuesta á sufrir por Jesús que nos manda amar y socorrer al prójimo. Este es, continuó exaltándose, este es el amor de que te hablaba yo y que supera á todas las afecciones terrestres; él me da fuerzas para no oír más que mi conciencia, para despreciar los juicios humanos y desprenderme de toda tendencia interesada á fin de servir al Señor como quiere ser servido.

(Continuará.)

# PAGINAS DE LA MODA

## LA MUJER

[Concluye.]

En cambio, la inteligencia de la Mujer tiene más alma, más expresión, más ternura, más poesía.

Se sublima más.

El hombre todo lo ve al través de la razón, que suele ser á veces sin razón.

La Mujer todo lo ve al través de sus ilusiones.

Algunos autores, apoyándose en hechos aislados y excepcionales, dicen que la Mujer tiene un corazón falso y cruel.

Nosotros no podemos concebir tal cosa en ellas.

Que la Mujer tenga ó haga acciones malas, lo comprendemos bien; pero que de esto quiera deducirse que el mal está arraigado en su corazón, es una necedad.

Los mismos que hacen estas aseveraciones las acusan de débiles.

Entonces, ¿en dónde está la culpa?

Volvemos á repetir lo que alguna vez hemos dicho, que la humanidad no es responsable de las faltas originadas á causa de su organización fisiológica.

El fuego no es culpable porque quema.

Ni el frío porque congela.

Está ya en la naturaleza del uno quemar, y en la del otro congelar.

Así, si la Mujer tiene sus faltas, son debidas á esa debilidad que la caracteriza y que le es propia.

Orgánica—permítasenos la frase.—

Y sin embargo de esta debilidad, en la Mujer es en donde se encuentra la virtud más acendrada, la piedad más selecta, la más sublime abnegación, la inocencia, la modestia.

En la Mujer existe esa noble sensación que llamamos pudor.

Y este sentimiento tan propio de ella, ¡cuánto atractivo, cuánto encanto no nos comunica!

¡Cuánto respeto no nos infunde!

El pudor en la Mujer es un freno que nos detiene ante ella.

Es como el dedo de Dios que marca el "hasta aquí."

¿En dónde se halla la verdadera modestia, sino en la Mujer?

Esta es una virtud desconocida también para el hombre.

La finge, es cierto, pero pronto se descubre la falsedad.

Pronto deja ver la hipocresía.

La Mujer es humilde de corazón.

En fuerza de verse subyugado en todos tiempos, ha llegado á hacerse un hábito en ella, y en silencio llora su opresión.

No se queja.

En silencio llora.

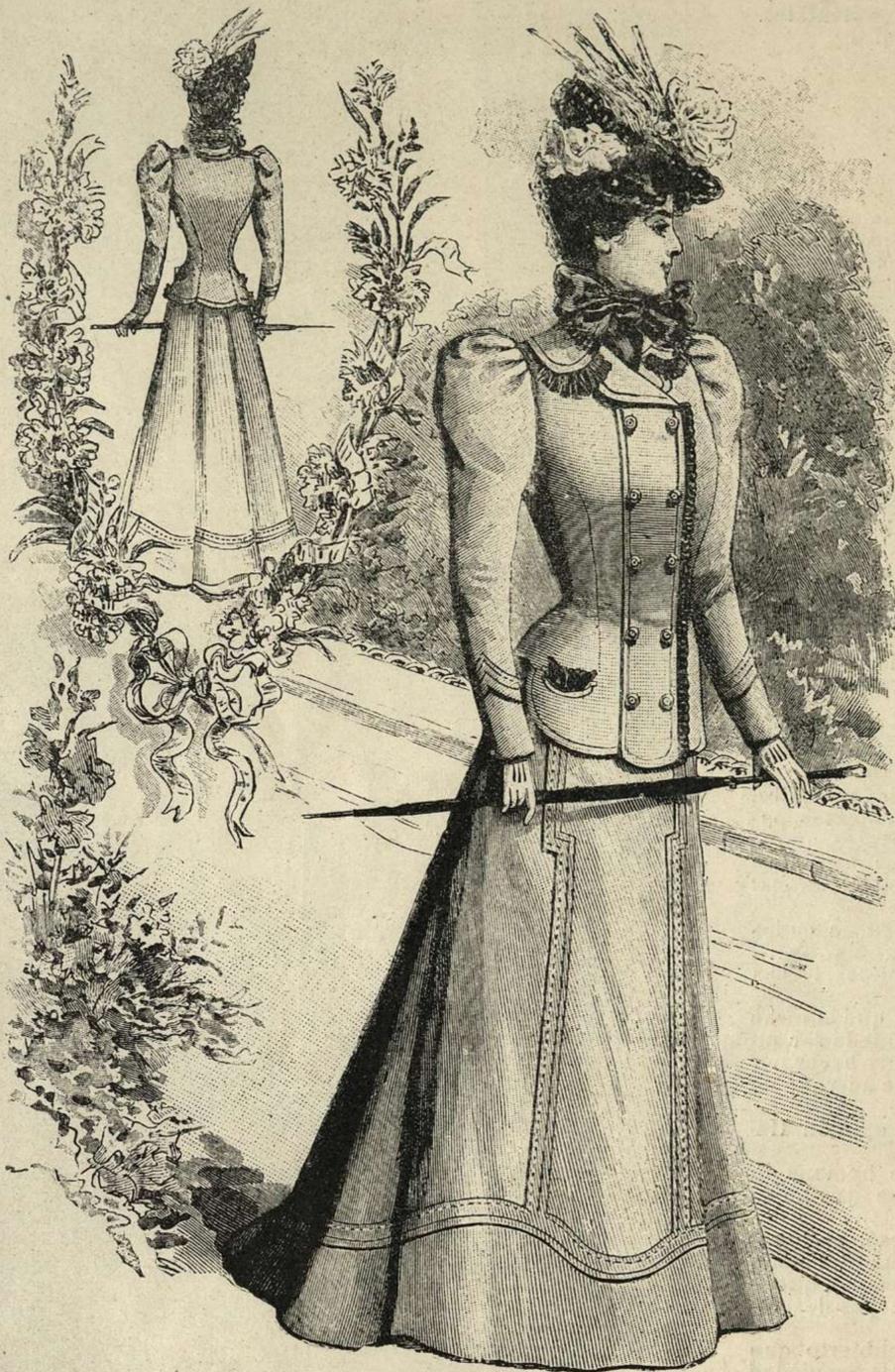
Y en silencio sus lágrimas tiernas y ardientes suben hasta el trono del Hacedor.

¡Oh cuán sublime es esta abnegación!

¡Cuán grande es la Mujer!

En la Mujer siempre se encuentra lo bello del sentimiento y lo sublime del arte.

En este punto nada deja que desear.



TOILETTE DE PASEO

Quando el hombre está agobiado por el peso del dolor y de la amargura, en ninguna parte encuentra un consuelo tan dulce á sus angustias como en la Mujer.

La familia la constituye verdaderamente la Mujer y no el hombre.

Ella es quien cuida de él y le presta fuerzas para sobrellevar los trabajos de esta vida.

Por eso la naturaleza la ha formado tan hermosa como sensible, y por eso también le ha dado una voz meliflua y cadenciosa.

¿Qué cosa hay que pueda igualar á la dulzura del acento de una Mujer?

¡Ah! también es una de sus más poderosas armas.

Con ella vence mil obstáculos.

¿Quién no recuerda á la célebre artista Mad. Desgarcieux, cuando con el acento de su voz desarmó á los asesinos que furtivamente introducidos en su alcoba pretendían ejecutar en ella una venganza de muerte.

¿Quién no ha sentido en lo íntimo de su alma una extraña agitación al escuchar el suspiro de una mujer?

¿Quién es aquél que no se siente dominado por la mirada de una Mujer?

¿Quién no ha sentido conmoverse su corazón de una manera violenta ante las lágrimas de una Mujer?

¿Quién no ha visto paralizarse sus sentidos al encontrarse frente á frente de la Mujer que en la niñez soñamos?

¿Quién no recuerda las caricias de una madre?

¿Quién no admira la abnegación de las Hijas de la Caridad?

¡Ah! la más bril'ante página en la historia de la humanidad la ocupa la Mujer.

Ella es el más hermoso de los seres de la creación, el más grande, el más puro.

Jamás olvidaremos las siguientes palabras de Moreau:

*El hombre piensa y la mujer siente. La fuerza del uno consiste en la reflexión y la fuerza de la otra está en el sentimiento.*

¡Cuánta filosofía y cuánta verdad encierran estas palabras!

«Dios, ha dicho otro eminente publicista, no quiso formar á la Mujer del barro grosero y vil, sino de una materia más perfeccionada como es el hombre.»

Para que fuera su compañera, y como tal, mutuamente se ayudasen en la peregrinación que todo mortal tiene que hacer en este valle de lágrimas.

¿Qué hiciera el hombre solo y abandonado sobre el haz de la tierra?

¿A quién comunicaría sus alegrías?

¿Con quién participaría esos gozos íntimos del alma?

¿Y á quién daría á conocer su acerba aflicción?

¿En dónde desahogaría sus penas?

¡Cuán grato es el encontrar quien pueda comprender las dichas del corazón!

Cuánto alivio siente el alma cuando ha encontrado también quien consuele sus desdichas!

¿Y quién mejor puede hacer esto que la Mujer?

Nadie, porque es la única que está dotada de esa sensibilidad tan delicada y de esa ternura tan expresiva, que la hacen aparecer como el Angel de la felicidad.

Por esto es ELLA la más perfecta criatura que ha salido de la mano del Omnipotente.

Es lo más grande de su obra, lo más sublime, y en donde quiera brilla.

Mírese á la Mujer en el hogar doméstico, y ahí sus virtudes la elevan en la sociedad.

Mírese á la mujer en el vicio, y ahí mismo la vemos grande y magestuosa.

Porque es la LUZ EN LAS TINIEBLAS.

LA PERLA EN EL LODAZAL.

El vicio mancha su cuerpo, mas nunca su corazón.

Este se conserva siempre virgen.

Jesús cuando deja de condenar á la Mujer adúltera, es porque ha visto su corazón puro y sin mancha.

A la joven del castillo de Magdalo, conocida vulgarmente con el nombre de la *Magdalena*, que va á arrogarse á los pies del mismo Salvador, la levanta de ahí, porque si su cuerpo había pecado, en su alma nada había que reprender.

¡Cuántas veces estas faltas son cometidas por un exceso de sentimiento!

Entonces la Mujer no es culpable.

Jamás puede concebirse en ella la perversidad del corazón.

La más pura y dulce emanación de Dios, nunca puede conocer el lujo del crimen.

El refinamiento de la malicia.

No faltará quien nos enseñe en prueba de lo contrario, una *Athalia*.

Una *Locusta*.

Una *Herodias*.

Una *María de Padilla*.

Una *Catalina de Médicis*.

Una *Margarita*, marquesa de *Brinvilliers*, y otras mil y mil que se han dejado arrastrar por el torrente del crimen y de la crueldad.

Mas á estos respondemos que si existen Mujeres que se complacen en hacer el mal, sin temor alguno puede asegurarse que el cerebro de estas desgraciadas no se halla en su estado normal.

Estas son las excepciones que jamás faltan en los hechos de la humanidad.

No porque el corazón de una Mujer obedezca naturalmente á los perversos instintos de un desarreglado cerebro, debemos decir que la Mujer es mala.

Y sobre todo, nosotros hablamos aquí de la Mujer



SOMBRERO ELZA



SOMBRERO DE PRIMAVERA.

tal cual ella se nos presenta, gozando de su entero juicio y conocimiento.

Hablamos de la Mujer, como la identificación de ella con Dios.

No de los casos excepcionales producidos por la locura y por el extravío de las facultades mentales.

Mas tarde, tal vez, nos ocuparemos de ellos.

Por ahora, basta.

## LA LECHE

La leche es el alimento por excelencia para el niño desde su nacimiento hasta el segundo año.

Durante largo tiempo sus órganos no pueden soportar otro y cuando llega el instante en que se le empieza á hacer comer otras cosas, todavía sigue siendo la leche el mejor alimento que para él existe.

La ciencia ha demostrado que existen en la leche todos los principios que sustentan el cuerpo humano, en una proporción y bajo una forma perfectamente adecuadas á la organización del niño.

La leche resume los principales alimentos y es el tipo del alimento perfecto.

Ella sola reúne las condiciones fisiológicas que se desean, de ser un alimento perfecto y de digestión fácil.

En ella se encuentran, igualmente que en el huevo, todos los alimentos necesarios para la nutrición del pequeño; todo lo que entra en la estructura de los diferentes órganos del cuerpo.

El simple examen de los hechos igualmente que los experimentos de químicos y anatómicos, demuestran esta doble verdad:

1.<sup>a</sup> Que la leche contiene todos los principios necesarios al niño y 2.<sup>a</sup> que es el único alimento que conviene á sus órganos aun rudimentarios.

En la mujer, como en las hembras de los animales, la leche está compuesta de los mismos elementos, pero distribuidos en proporciones tan diferentes, que al analizarla, el sabio Gyronz, no se equivoca acerca de su procedencia, aun cuando no conozca el animal que la ha producido.

La mayor parte de los médicos fundándose en los resultados obtenidos, juzgan que basta igualar artificialmente las cantidades para hacer idénticas, leches diferentes.

Pero el doctor Bouchut es de parecer que la leche de la madre por más que se haga, no puede ser suplida por otra leche, aun cuando se procure hacer por medio de adiciones, etc: que esta otra se acerque en lo posible á la leche de la mujer.

Tres razones justifican á sus ojos esta opinión. He las aquí.

En primer lugar, la crema de la leche humana da poca manteca y hasta puede asegurarse que no da ninguna.

Además, su *caseum*, vulgarmente queso, en lugar de presentarse como una masa compacta del modo que sucede con la leche de vaca, por ejemplo, queda suspenso en la parte acuosa, en ligeros copos desprovistos de toda coherencia.

Por último, el sabio Bechamp ha descubierto que el fermento de la leche de mujer tiene la propiedad de azucarar la fécula y los principios feculentos, propiedad que no se encuentra ni en la leche de vacas ni en la de ningún otro mamífero.

## MEDICINA DOMESTICA

El conocimiento de las enfermedades no depende tanto de los principios científicos como algunos creen más principalmente es efecto de la experiencia y de la observación. Con la asistencia del enfermo y atención cuidadosa á las diferentes ocurrencias de las enfermedades, se adquiere una gran práctica para distinguir los síntomas de ellas, y aplicar las medicinas. Por eso las amas y todas las personas que asisten enfermos, conocen muchas veces mejor las enfermedades que los médicos: no queremos persuadir por eso que el estudio de éstas no sea útil, es sin duda alguna de la mayor importancia; pero nunca puede suplir el lugar de la observación y la experiencia.

Cada enfermedad se puede considerar como un conjunto de síntomas, y se debe distinguir por los que son más claros y permanentes. En vez de dar una relación arreglada de todas las enfermedades, según el sistema metódico, es más útil en una obra de esta na-



FIG. 1



TRAJE PARISIENSE DE LA CASA LAFERIERE

turalidad, hacer una descripción exacta de cada una en particular, como sucede; y cuando los síntomas de una, fueren semejantes á los de otra, daremos noticia de aquella circunstancia, y al mismo tiempo de los síntomas peculiares y característicos que puedan distinguirla. Con la debida atención á éstos, se verá que el conocimiento de las enfermedades es materia menos dificultosa de lo que a primera vista creen la mayor parte de las gentes.

Una exacta observación á la edad, sexo, temperamento de ánimo, constitución y método de vida del paciente, contribuyen mucho para conocer y curar las enfermedades.

En los niños las fibras son laxas y blandas, los nervios sumamente irritables y los fluidos muy sutiles; pero en los viejos están las fibras rígidas, los nervios casi insensibles y algunos de los vasos impene trables. Estas y otras particularidades hacen muy diferentes las enfermedades de los unos y de los otros, y de un curso que requiere distinto método.

Las mujeres están sujetas á algunas enfermedades

que no padecen los hombres, y como el sistema nervioso en aquellas es más irritable que en estos, pide mayor cuidado la curación de sus males; no pueden sufrir grandes evacuaciones, y todas las medicinas estimulantes se les han de dar con mucha economía.

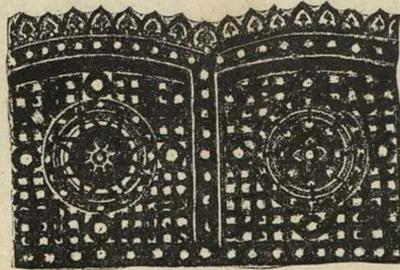


FIG. 2

Las constituciones particulares no sólo disponen las personas á enfermedades peculiares, pero hacen precisa la cura de éstas de un modo también peculiar. Una persona delicada, por ejemplo, de nervios débiles, que está siempre en casa, no se ha de tratar cuando está enferma, de la misma manera que la que es fuerte y robusta, y vive expuesta al aire.

El temperamento de ánimo merece particular atención en las enfermedades: el temor, la inquietud y el pesar las cansan y las agravan, y en vano aplicaríamos al cuerpo remedios para curarlas si la causa está en el ánimo: cuando éste padece, la mejor medicina es lisonjear las pasiones divertir el espíritu para que no cavile y tener al enfermo alegre y contento cuanto se pueda.

MUJERES CON BARBA

De una ley de las doce tablas parece deducirse que entre las romanas del primer siglo no faltaban algunas que hicieran á los hombres competencia en lo tocante á tener pelos en la cara. Es decir que no se paraban en pelillos.

La Venus de Chipre, que los helenos representaron con barba, viene á indicar que tampoco entre las griegas faltó semejante extravagancia.

Las germanas no se quedaron atrás, y en Stocard admirase aún el retrato de una hermosa mujer de 25 años, llamada Barten Grootje, y con una barba magnífica. El retrato fué pintado en 1787.

Carlos XII tuvo en su ejército una granadera con más barba que todos los granaderos juntos, la cual cayó prisionera en Pu tawa, y llevada á San Petersburgo mereció llamar poderosamente la atención del Czar.

Margarita Farnesio, gobernadora de los Países Bajos en nombre de su padre Carlos V. y de Felipe II después, llevaba una deliciosa barba, que era su gran orgullo.



TRAJES DE SEÑORITA Y DE NIÑAS



FIG 3

PICHONES RELLENOS.

Se abren los palominos por el lomo, se pica su hígado con carne de salchicha y un poco de tocino, miga de pan, setas y dos yemas de huevo. Las setas se sustituyen ventajosamente por trufas. Píquese todo y añádase pimienta y especias. Rellénase con esta pasta el pecho y vientre de las aves. Pónganse encima de un plato de asar untado de manteca y métese en el horno. Añádase zumo de limón á la salsa, viértase ésta sobre los palominos y sírvase.

ENSALADA DE AVE.

Se toma un ave entera ó á medio gastar, guisada la víspera, y se retiran todas las carnes en forma de filetes; arréglense simétricamente estos filetes con una lechuga picada que se pone en el fondo del plato ó de la fuente de ensalada, arréglense otras lechugas en divisiones con condimentos y filetes de anchoas. Sazónase con las demás ensaladas.

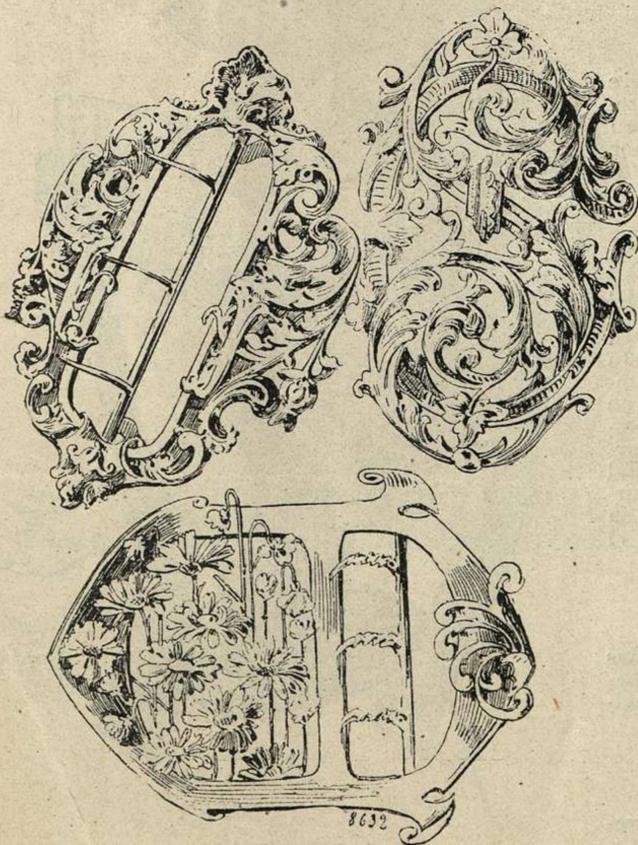


FIG. 4

Si hay un pueblo que aprecie en menos la justicia que el labrador su cosecha, el artesano su pedazo de pan, el mercader sus riquezas, el marinero el descanso, y el soldado la gloria, levántate en torno á ese pueblo una gigantesca muralla, á fin de que su aliento no infeste el resto de la tierra.

Cuando venga el juicio final de los pueblos, serále dicho: ¿Qué has hecho tú de tu alma? No se ha visto de ella ni señal ni traza. Los goces del bruto han sido todo para tí. Has vivido en el cieno, anda á podrirte en el cieno.

Y por el contrario, el pueblo que en su corazón haya colocado los verdaderos bienes por encima de los bienes materiales; que para conquistarlos no haya perdonado ninguna pena, ninguna fatiga, oirá estas palabras:

A los que tienen un alma, las recompensas de las almas, tú has amado sobre todas las cosas la libertad y la justicia, ven y posee para siempre la justicia y la libertad.

El hombre está muerto en la embriaguez de vino, y loco en la del amor.

Pitágoras.

En la actualidad, la gloria es un retrato que se cuelga en los kioscos durante ocho días.

Tournade.



SOMBRERO VIVIANE

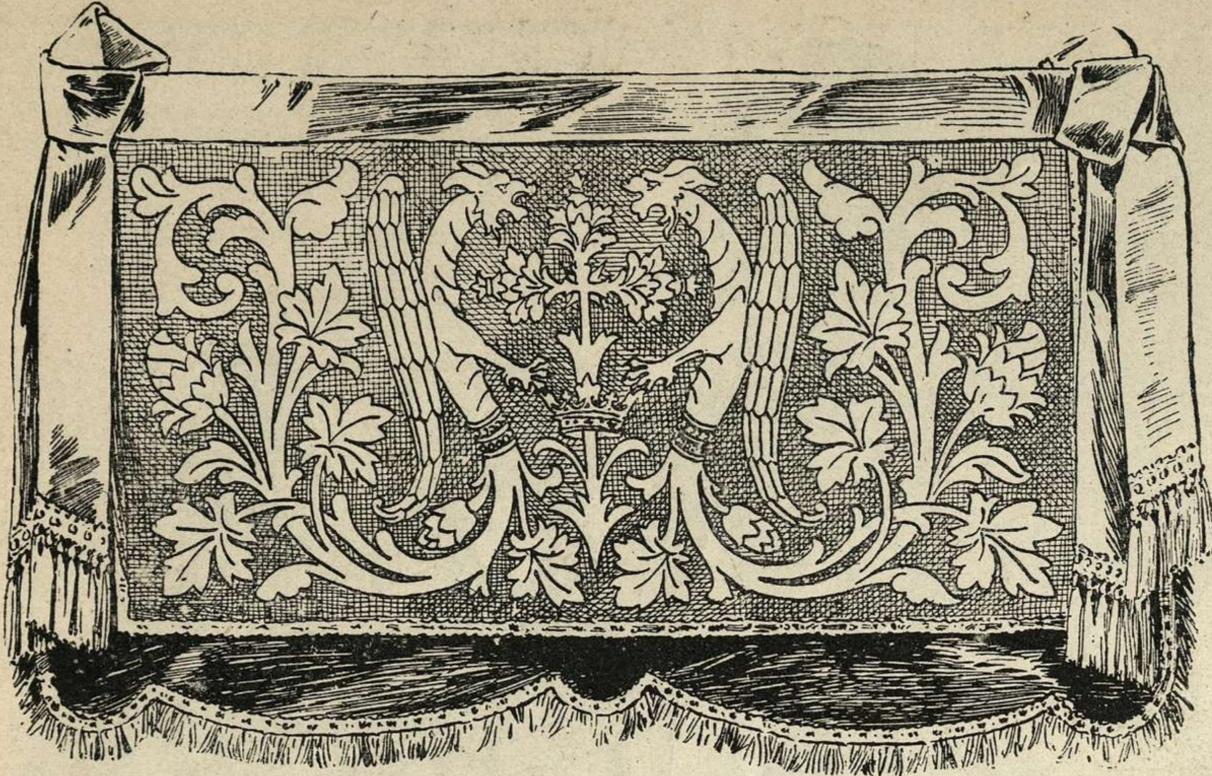


FIG. 5

## Nuestros grabados

### TOILETTE DE PASEO.

Traje estilo sastre, de paño gris. La falda se compone de un delantero en forma y de dos pliegues que le dan especial carácter. La jaquette está formada de una espalda sin costuras en medio, con delanteros ajustados. Al frente dos tiras paralelas. Cerradura vertical á la izquierda. Aldetas con aplicación de blonda lo mismo que la cerradura.

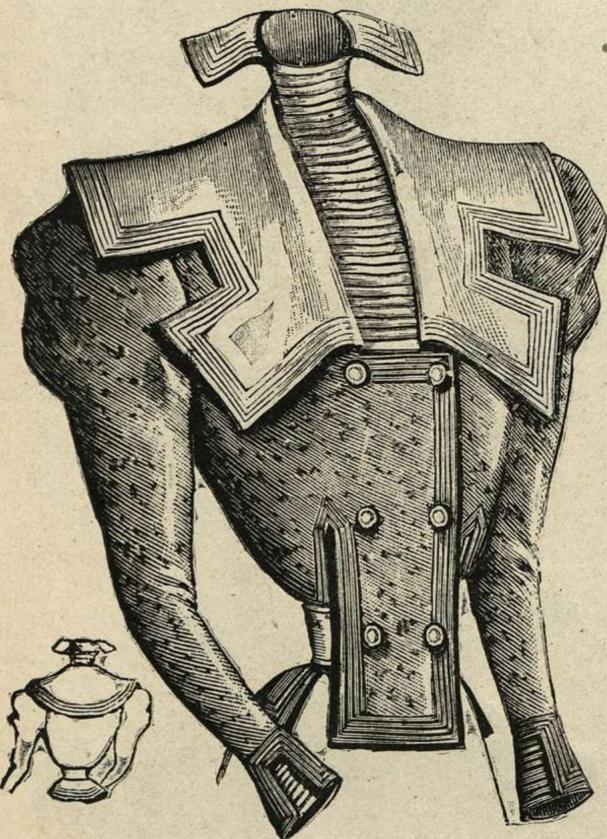
Gran corbata de satín negro.

### SOMBREROS VIVIANE, ELZA Y PRIMAVERA.

Damos tres de los modelos principales de sombreros que privan en la actualidad en París, siguiendo nuestro propósito de ofrecer á nuestras lectoras todo aquello que tenga el mérito de la novedad. Los tres son de factura sencilla y de material barato.

### TRAJE PARISIENSE DE LA CASA LAFERIÈRE.

Es un modelo estilo princesa hecho de moiré verde oscuro y que tiene algunos detalles que lo hacen verdaderamente atractivo. La parte superior del cuerpo está drapeada y sobre los hombros hay una escarpa de verde claro. Toda la drapería está fijada á un lado por un moño de cinta de terciopelo. Las mangas son muy estrechas. El corpiño y collar que son también de un efecto pleno son de guipure. El sombrero es de paja negra con doble airon de avestruz y levantado en el medio, á derecha é izquierda sobre hermosos moños de terciopelo negro. Este traje es tan gracioso y elegante en su simplicidad que está llamado á una gran boga en la presente estación.



CUERPO BLUSA

## TBAJES DE SEÑORITA Y DE NIÑAS

### 1.º TRAJE PARA NIÑA DE SEIS AÑOS.

Falda fruncida de foulard rojo guarnecida de aplicaciones de guipure. Corpiño blusa de foulard rojo, ornada de aplicaciones de guipure encuadrando una camiseta bullonada de surah crema. Mangas justas, ornadas de guipure. Cinturón anudado detrás, de cinta de satín crema Sombrero de gasa roja, bordado de terciopelo negro.

### 2.º TRAJE PARA SEÑORITA DE 16 Á 18 AÑOS.

Falda de lana graneada verde-sauce, ornada bullonada de satín verde-sauce. Cuerpo-blusa cerrado de un lado, guarnecido de bullonados de satín verde-sauce y abierto sobre un plastrón plisado de través, de seda verde-sauce. Mangas plisadas de través, guarnecidas de la misma manera. Cojiarquito, manguetas y corbatas de muselina de seda. Sombrero de paja verde-sauce cubierto de rosas y ornado detrás de un abanico de muselina de seda.

### 3.º TRAJE PARA NIÑITA DE 6 Á 8 AÑOS

Falda plisada de lana escocesa. Jaquette recto, cerrado por dos filas de botones, en paño beige, ornado de un gran cuello de linón guarnecido de guipure. Mangas sastre, sombrero de paja amarilla, guarnecido de cintas rosas y de un ala negra. Medias negras. Botitas de cuero amarillo. Guantes de Suecia claros.

### 4.º TRAJE PARA NIÑITA DE 6 AÑOS

Traje americano de Foulard azul pálido aguzanilla, de blanco y ornado de una bertha pelegrina de foulard azul claro unido, bordado de encaje. Mangas cortas con volante de encaje. Capota de paja de oro guarnecida de plisés de tafetán azul claro y de un nudo azul claro muy alto.

### DOS CUERPOS-BLUSAS

Ambos cruzados de lana mosqueda el primero y de surah paja el segundo. (Abertura recta el primero y ondulada el segundo). Plastrones de fantasía Gran cuello y cinturones anchos, cubierto el primero por un prolongamiento de la solapa; el segundo hornado de un hermoso broche.

### TRAJE PRINCESA DE MUSELINA DE SEDA.

Es de estilo princesa, de muselina de seda blanco marfil.

El material no es el que se usa generalmente para trajes de este estilo, pero de todas suertes el efecto es primoroso. Está hecho sobre tafetán de matiz cambiante, de seda, que va del verde al violeta, y que naturalmente se transparenta tras la muselina. El vestido está bordado con anchos puffs negros. Este bordado que parte de los hombros, cubre el frente del cuerpo, y sigue luego hasta la falda, que deja abierta en el frente, rodeándola en la parte de atrás. Una elegante corbata de muselina blanca, completa el atavío.

### TRABAJOS PARA LAS DAMAS.—Figs. 1, 2, 3, 4 y 5.

Damos una nueva colección de trabajos para las damas, comprendidos en los números indicados. Consisten en una corbata, una cubierta de libro, tres evillas para cinturones y una corbata "Regencia"

### RECETA CONTRA EL HIPO.

No deja de ser curiosa la siguiente que, como se verá nada cuesta, dando siempre un resultado satisfac-



TRAJE PRINCESA DE MUSELINA DE SEDA

torio: la persona atacada de tan molesto accidente, debe colocarse de rodillas, y luego inclinar el cuerpo hacia adelante colocando la cabeza al nivel de las rodillas; basta estar en esta posición dos ó tres minutos para que el hipo desaparezca.

### FILETE Á LA NAPOLITANA.

Se pica un pedazo de filete y se le hace cocer en la brasa. En otra cacerola se pone jugo de carne, dulce de grosellas ú otro cualquiera según el gusto de cada uno, y granos de uva madura. Hágase reducir y se cuele. Echase la salsa sobre la carne, que se espolvorea con coclearia (rábano negro) rallada muy finamente y se sirve caliente.

Invocar las males acciones ajenas para justificar las propias es lavarse con cieno.

PETIT-SEM.



CUERPO BLUSA